

EL MEDITERRÁNEO

Por PEDRO LÓPEZ AGUIRREBENGOA

INTRODUCCIÓN AL PANORAMA MEDITERRÁNEO

Cuando esta nueva edición del “Panorama Estratégico” alcance la luz nos encontraremos en el inicio de una nueva década, siglo y milenio. Es un factor importante que, anímicamente, se asocia con la idea de cambio, un cambio que estamos realmente viviendo a escala mundial en todos los órdenes. También lo percibimos en el Mediterráneo, con efectos profundos y acelerados.

El plural y fecundo mediterráneo no escapa a la influencia, en todos sus ámbitos, de lo que llamamos la globalización o mundialización. Pero a la par que registra avances perceptibles, conceptuales y concretos hacia el objetivo de construcción en común de una cultura de paz, estabilidad y prosperidad compartida, encarnados por el proceso de Barcelona y otras iniciativas, perduran todavía en su seno viejos conflictos y problemas sin resolver, desconfianzas, carencias de suficiente conocimiento y entendimiento mutuo, que obstaculizan la cooperación.

Se ha ido abandonando progresivamente —más a nivel de las elites que de la calle— la “cultura del desprecio”, que en peores tiempos pasados marcó las relaciones entre los tres grandes monoteísmos y su proyección en las culturas respectivas en el entorno de este mar, al tiempo que existe un deseo de retorno a la tradición de tolerancia y cooperación que alumbró en otros períodos, por ejemplo el de la convivencia en la España medieval. Ello no quiere decir que, aún hoy, no surjan nuevas for-

mas de rechazo del “otro”, incluso en la orilla norte europea, con brotes visibles de racismo o xenofobia ante fenómenos como la migración o las minorías. Los procesos democráticos en curso en el Sur contrastan con rebotes de extremismo de raíz religiosa, étnica o nacionalista, o de fenómenos de recurso a la violencia, como la lacra del terrorismo. La prosperidad socio-económica del Norte contrasta con la pobreza y el estancamiento económico del Sur. Todo ello aviva nuestros retos en áreas claves para lograr que el Mediterráneo, que tantas y tan valiosas aportaciones ha hecho en el pasado al desarrollo de la humanidad, destierre la confrontación, sea modelo de convivencia y contribuya a la construcción del un nuevo orden internacional más justo y solidario.

Desde ese horizonte, nuestro propósito es, como ya lo hicimos en la edición del “Panorama Estratégico” del pasado año, contemplar el Mediterráneo en toda su amplitud, es decir, incluyendo su amplia periferia geopolítica, socioeconómica y cultural, así como los otros actores e intereses internacionales que confluyen en esta región.

Si miramos a nivel mundial, Europa, junto con los Estados Unidos y el área Japón-Asia, constituyen hoy los tres polos económicos más importantes. Como tales, compiten entre sí y por ello tratan de reforzar sus relaciones de solidaridad con sus áreas complementarias más afines, generalmente, aunque no siempre adyacentes, con el objeto de consolidar mutuamente sus posiciones. De esa competencia se deriva un efecto interactivo global que constituye un impulso de progreso, aunque también tenga a veces efectos negativos, como se ha puesto de manifiesto, por ejemplo, en el traslado a otras áreas de los efectos de las crisis económicas.

Al mismo tiempo, los protagonistas de esos tres polos tienen una fuerte vinculación política, asentada en valores compartidos y en alianzas o acuerdos específicos de carácter regional. Ello es especialmente visible en materia de seguridad, gestión de recursos estratégicos y otros sectores clave, así como en la conducción general de las relaciones internacionales.

Desde este último plano, Estados Unidos ejercen un liderazgo mundial, con presencia e influencia de gran alcance en el contexto Mediterráneo. Sin embargo, la distancia física norteamericana de esta región mediterránea hace que su encuadre no tenga el componente de multilateralidad y globalidad impuesto a los europeos por su vecindad del

área y por una problemática Norte-Sur que no se plantea a los Estados Unidos con la misma intensidad y efectos.

Los Estados Unidos siguen enfocando su política mediterránea desde consideraciones estratégicas básicas globales —seguridad, acceso a recursos energéticos, entre otras—. Actúan desde una visión horizontal del área y desde un esquema de relaciones bilaterales “especiales” con algunos países pivote. Sus pautas básicas podrían resumirse en: el logro y mantenimiento de una influencia dominante en el arco de producción energética que va desde Argelia a Afganistán, con una nueva clave de futuro en la zona Caucaso-Caspio, así como en sus rutas de exportación; y asegurarse el liderazgo en el Oriente Medio, y sus accesos, conservando la iniciativa política y el control del proceso de paz árabe-israelí.

En este contexto los Estados Unidos dan importancia a la estabilidad del Magreb, como zona árabe que a su vez lo es de acceso físico al Mediterráneo y al Oriente Medio: papel importante de Marruecos como pivote moderado y con capacidad moderadora en el conjunto árabe y en el mismo proceso de paz en el Oriente Medio, al igual que Túnez; Argelia como país productor energético a estabilizar políticamente frente al reto del fundamentalismo; Libia, a la que aplica una política de contención de su radicalismo.

En el Oriente Medio ha primado por parte de Washington el desarrollo de una relación estratégica privilegiada con Israel, como aliado fundamental desde el carácter trascendente del compromiso con su existencia y seguridad que fundamenta la política interna norteamericana, ¿podría hablarse de unión hipostática?. Con Turquía, como puntal de la OTAN en la zona y por el singular valor estratégico de su situación geopolítica en la encrucijada del Caucaso y cara a Irak, Irán y el Golfo. Con Egipto, por su peso y papel en toda el área. Con Jordania, como elemento moderado de equilibrio en conjunción con los palestinos e Israel, su vecindad de Siria, la cobertura de la espalda de Arabia Saudí, y zona de paso y continuidad hacia Irán e Irak. Y al tiempo, una política de doble contención a estos dos últimos, propiciando un cambio de régimen en Bagdad que ponga fin a los riesgos del nacionalismo baasista de Saddam Hussein y democratice el país, y la moderación del chiismo revolucionario iraní.

Respecto a las políticas de “contención” aplicadas por los EE.UU a Libia, Irak e Irán, conviene matizar que sus orígenes y desarrollo son distintos en el tiempo y circunstancia pero su raíz inicial de fondo coincide en

la oposición radical de sus tres regímenes a la política norteamericana en el área, y su militancia —con uso o apoyo de medios violentos por parte de sectores extremistas afines— contraria a los términos, del Proceso de Paz en el Oriente Medio (PPOM) propiciados por Israel y los Estados Unidos. A ello se han superpuesto, en cada caso, hechos concretos a cargo de los tres países, como la invasión iraquí de Kuwait y su amenaza para los vecinos del Golfo, que han merecido la condena y sanciones de la comunidad internacional. Sin embargo, tal superposición ha desdibujado con frecuencia el deslinde entre ambos aspectos, dando lugar a diversidad de enfoques que no han reforzado el papel de la comunidad internacional, junto con acusaciones de instrumentalización de la misma, con objetivos que desbordan sus decisiones, o de políticas de doble rasero. Esto es perceptible incluso entre quienes, compartiendo los valores y miras fundamentales que debe salvaguardar la comunidad internacional ante la problemática que plantean dichos regímenes, tienen visiones distintas de la estrategia y medios a utilizar. La gestión y voto de las resoluciones de las Naciones Unidas relativas a los tres casos constituyen una evidencia al respecto, como lo es la diferencia de criterio entre los EE.UU y la Unión Europea con respecto al “diálogo crítico” de esta con Teherán o a la continuidad indefinida del sistema de sanciones a Irak.

La estrategia de los EE.UU contra el régimen de Saddam Hussein, fundamentada en la “Irak Liberation Act” aprobada por el Congreso junto con la correspondiente financiación, incluye una presión económica (sanciones), militar (acciones continuadas contra instalaciones de las “no fly zones” y asistencia de formación a los opositores), diplomática, política y legal (propósito de llevar a los dirigentes ante la justicia internacional por crímenes contra la Humanidad). Al mismo tiempo prepara “el día después” de la caída de Saddam Hussein, buscando compromisos de ayuda internacional a la recuperación económica del país y estimula la convergencia y cooperación de los grupos iraquíes contrarios al régimen, como se ha tratado de hacer con la “Asamblea de Oposición Nacional al Régimen de Saddam Hussein” celebrada en Nueva York el 1 de noviembre, y que por parte de Washington se ha considerado un paso muy positivo aunque sólo participó una parte de la oposición.

¿Es esta la estrategia adecuada para lograr un cambio en Irak, sin el probable coste de una gran violencia interna y un ulterior deterioro de la situación del pueblo iraquí? ¿Es coherente con la legalidad internacional vigente? ¿Sus resultados, si prosperan, garantizarán la integridad y unidad de Irak o —incluso si formalmente la respetan— debilitarán al país

con fórmulas que traten de dar cabida a identidades diferenciadas de los sunitas, chiitas y kurdos? ¿Cómo afectaría esto a los vecinos y a la estabilidad futura de la zona?

Sólo de forma reciente se ha podido percibir un mayor interés norteamericano por configurar su política mediterránea con los países del sur a nivel multilateral. Las dos iniciativas más destacables en tal sentido son las Conferencias Económicas del Medio Oriente y Africa del Norte (MENA), y la llamada "iniciativa Eizenstat" para el Magreb.

La primera surgió de un enfoque y objetivos precisos de apoyatura, junto con Europa y otros actores internacionales, al Proceso de Paz en Oriente Medio (PPOM), y de progresiva inserción de Israel en el ámbito subregional árabe. Marruecos actuó como promotor en la Conferencia de Casablanca (1994), al calor del acuerdo israelo-palestino de Oslo, seguida de la de Amman (1995) y la de Egipto (1996). Después, el bloqueo del proceso de paz y la consecuente actitud árabe determinó su escaso éxito, como quedó patente en la de Doha (1997). La lógica árabe ha sido clara: Israel no debe recibir los beneficios de la paz, si no hay avance decisivo en el PPOM. El nuevo clima que ofrece el actual relanzamiento de este último abre la puerta a la reanudación del proyecto MENA, cuya próxima reunión podría tener lugar en Egipto, en la primavera del 2000.

En el Magreb, la llamada "iniciativa Eizenstat", lanzada el pasado año y continuada en el presente con visitas a algunos países de la zona, se orienta al desarrollo de una área económica entre el Magreb y los Estados Unidos. Se encuentra todavía en sus albores y no parece contemplar nada semejante a la dimensión del proceso de Barcelona.

Es natural que la Unión Europea, desde su lógica global euromediterránea y los fuertes lazos que la unen a los Estados Unidos, haya venido tratando de desempeñar un mayor papel político en el PPOM, que refleje su peso y cooperación con la región, a la par que su labor asistencial en favor de la paz. Ese deseo no va en contra del papel de los Estados Unidos, que es aceptado tanto por parte europea como por los mismos árabes que abogan por una mayor implicación europea. Ello ha ido adquiriendo gradualmente mayor consistencia en la propia lógica norteamericana, aunque con efectos prácticos todavía limitados.

Persiste la impresión de que, desde los enfoques norteamericanos, la aliada Europa, aunque muy valiosa en su apoyatura, no es imprescindible para la actual gestión de la vertiente política del proceso de paz, a la par

que se recela, tanto por Washington como por los israelíes, de un incremento de dicho papel. Entre las varias razones de fondo hay una constante que conviene recordar: Israel siempre ha preferido una negociación estrictamente bilateral —a lo sumo con los Estados Unidos como facilitador, por la especial afinidad que existe entre ambos— de los aspectos sustantivos del conflicto, porque este planteamiento le favorece, teniendo en cuenta el peso relativo de las partes, más evidente en la específica situación palestina. Como contrapunto, Europa, más equilibrada en sus posturas ante el conflicto y cercana al sentir al respecto del conjunto de la comunidad internacional, tiene una capacidad de contrapeso que tiende a igualar a las partes cara a una negociación que, por ello mismo, tenga más posibilidades de ser verdadera, justa, y por lo tanto de dar fruto duradero. Esa es una de las justificaciones de su esfuerzo asistencial a los palestinos.

Sin embargo, con una visión a largo plazo, es preciso considerar que, cuando se produzca el previsible grado de convergencia entre el PPOM y los acuerdos a que dé lugar, y el proceso euromediterráneo de Barcelona, sus respectivos encuadres están llamados a complementarse. Los principales actores regionales del proceso de paz son todos ellos miembros de Barcelona y llegado el momento de “construir” la paz en sus diversos planos el potencial europeo será mucho más determinante, por la amplitud de sus relaciones con los países de la zona y los intereses comunes en que se asientan.

El proceso de Barcelona ha extendido la mediterraneidad de los ribereños europeos al conjunto de los miembros de la Unión Europea, y esto se completará en el futuro al compás de las sucesivas ampliaciones de esta última. Así, algunos actuales asociados del Sur, como Chipre, Malta y Turquía, se encuentran en diversos estadios cara a la adhesión.

Al mismo tiempo, no se puede pensar en el espacio mediterráneo sin considerar su proyección en áreas adyacentes, como la Europa del Este, el Mar Negro, el Caspio, el Cáucaso o el Golfo, así como la dimensión africana que le dan sus ribereños árabes del Sur. No se puede pensar en el Mediterráneo sin tener en cuenta la vecindad de Rusia y el papel ya indicado de los Estados Unidos que, junto con Europa, deben lograr una complementariedad activa en la zona.

Rusia, unida geopolíticamente al mediterráneo por su prolongación en el Mar Negro, ha sentido históricamente la necesidad de una proyección hacia el Sur. Comparte hoy la percepción, de la que la Declaración de

Helsinki fue precursora, de que los procesos europeos influyen de manera directa en la situación mediterránea, con el corolario de que, a la inversa, no es concebible una seguridad global en Europa sin una estabilidad y desarrollo sostenido en el entorno de este mar. Ello es todavía más significativo cuando se está concibiendo un modelo general y global de seguridad para la Europa del siglo XXI. La Carta de Seguridad Europea y su adopción en la Cumbre de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) en Estambul, es un paso importante.

Las percepciones rusas en la materia han quedado reflejadas, por ejemplo, en la intervención del Ministro de AA.EE, Igor Ivanov, en el Foro de Formentor (23.10.99) en la que a la par que expresaba el apoyo al proceso de Barcelona y otras iniciativas de cooperación mediterránea, formulaba una propuesta más globalizadora, evocando el papel de las Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad así como una mayor conexión entre el papel de la OSCE y su “diálogo mediterráneo” y el proceso de Barcelona. En este sentido, apuntaba un concepto del “gran y abierto Mediterráneo”, incluyendo también la cuenca del Mar Negro, con algún tipo de mecanismo o estructura que estableciera un nexo entre las diversas iniciativas regionales y subregionales. No dejó de recordar, en este sentido, la que fuera idea española e italiana de una Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo, precursora más amplia de Barcelona.

Desde estas perspectivas, será necesaria, cuando llegue el momento apropiado y se haya avanzado en el proceso euromediterráneo, una reconsideración del papel que con respecto al desarrollo del capítulo político de la Declaración de Barcelona tengan los Estados Unidos, Rusia, al igual que el de otros actores y organizaciones regionales, sin cuyo concurso o anuencia no es concebible el desarrollo global en el Mediterráneo de áreas clave, como la de la seguridad y sus componentes defensivos o militares.

En todo caso y mirando al futuro, el “espíritu de Barcelona” es el marco que se antoja más coherente para poder superar los lastres del pasado y crear entre sus pueblos una cultura común de pacífica convivencia, confianza y cooperación.

El acontecer mediterráneo ofrece, durante 1999, un panorama más esperanzador, que creemos debe favorecer la solución de los conflictos todavía pendientes y con ello el desarrollo del conjunto del proceso euromediterráneo en su doble eje Norte-Sur y Sur-Sur.

En el Mashreck, es de señalar el claro reforzamiento de la voluntad de paz, con el cambio de gobierno en Israel y el relanzamiento de la banda israelo-palestina, pauta que esperamos sigan pronto todas las demás. A ello se añaden, como datos de estabilidad, la tranquila sucesión en la Monarquía Hachemita de Jordania y la reelección del Presidente Mubarak en Egipto, así como otros hechos igualmente importantes.

En el Magreb existe sin duda también un mejor clima y perspectivas esperanzadoras. En Argelia, tras la elección de Abdelaziz Bouteflika como Presidente, seguida del Referendum sobre la Concordia; en Marruecos, donde la importante pérdida para su país que supuso la desaparición del Rey Hassan II ha dado paso a una nueva andadura bajo el signo alentador y modernizador del Rey Mohamed VI; en Libia, al alcanzarse una solución para el caso Lockerbie que permite el inicio de su retorno a la normalidad internacional y que esperamos conduzca a su incorporación al proceso euromediterráneo, colmando el vacío que su ausencia como ribeño árabe producía; en Túnez, finalmente, donde se está consolidando un progreso alentador que ha tenido como nuevo dato la reelección presidencial. A todo ello se une el posible relanzamiento, quizás no inmediato pero sí deseado por todos sus miembros, de la Unión del Magreb Árabe (UMA), clave para el desarrollo de la cooperación subregional y del conjunto euromediterráneo.

En el Egeo, donde la reanudación del diálogo bilateral entre Grecia y Turquía apunta a la distensión y encauzamiento de sus diferencias, lo que a su vez debería tener positivo influjo en la búsqueda final de un arreglo de la cuestión de Chipre y en el proceso de adhesión de Turquía a la Unión Europea.

Incluso, finalmente, en los Balcanes donde, a pesar de los males que siguen gravitando sobre la subregión, la experiencia de Kosovo, cuyo desenlace ha sido también positivamente valorado en todos los confines de nuestro Mar, permite esperar que llegue a hacerse realidad el convencimiento de todos de que la paz es posible. La iniciativa de la Unión Europea del Pacto de Estabilidad, adoptada en la reunión ministerial de Colonia (10.06.99), seguida de la Cumbre de Sarajevo (30.07.99), han abierto un nuevo horizonte a largo plazo, apoyado por la aproximación global de la UE a la subregión, que incluye un nuevo esquema de Acuerdos bilaterales de Estabilidad y Asociación, adaptados a las circunstancias de los países objeto del ofrecimiento.

Sólo en el Caúcaso y sus aledaños se registran elementos de renovada tensión —Chechenia, Daguestán, asesinato del Primer Ministro de Armenia— con preocupantes posibles incidencias en un área clave, por sus recursos, para el Mediterráneo.

En resumen, podemos decir que si bien subsisten incertidumbres y focos de tensión, en la actualidad el área mediterránea presenta un panorama en conjunto más positivo. Sin duda, mucho más de lo que era hace un año. Ello no implica, desde luego, ignorar los problemas políticos aún sin resolver, o las graves cuestiones socio-económicas que exigen una solución. Pero hay espacio para un cauteloso optimismo, siempre que los procesos de apertura y de renovación que hoy están en marcha se mantengan y se intensifiquen.

LA SITUACIÓN DEL PROCESO EUROMEDITERRÁNEO DE BARCELONA

En la edición del pasado año tratamos ya de realizar un planteamiento que, sin desconocer el pasado y los problemas del presente, mirase sobre todo al futuro. En este sentido, el análisis se centraba en el “espíritu de Barcelona”, que fundamenta el desarrollo de la asociación euromediterránea nacida en 1995 en la Conferencia Euromediterránea del mismo nombre. Tenemos puesto en ese espíritu, como europeos y mediterráneos, todo nuestro empeño. No es el único proceso multilateral que existe en el Mediterráneo, pero sí el más global e importante, junto con el Proceso de Paz en el Oriente Medio, ambos diferenciados pero estrechamente vinculados.

Durante 1999 se ha avanzado sensiblemente. Los días 15 y 16 de abril tuvo lugar en Stuttgart, bajo la Presidencia alemana de la Unión Europea, la 3ª Conferencia Euromediterránea de Ministros de Asuntos Exteriores, tras las de Barcelona (1995), Malta (1997) y la ad-hoc de Palermo (1998). Como invitado especial de la Presidencia acudió, por primera vez, el Viceministro de AAEE de Libia, Sr. Abdel Ali Obeidi, y estuvieron igualmente los Secretarios Generales de la Liga Árabe y de la Unión del Magreb Árabe.

Las Conclusiones de Stuttgart reflejaban un nuevo clima que el posterior relanzamiento del PPOM debería alentar. En el capítulo político se decidió proseguir los trabajos sobre la Carta de Paz y Estabilidad y se fijó el término de la próxima Conferencia Ministerial, en el segundo semestre

del 2000, para su conclusión por el grupo de Altos Funcionarios, señalando que su aprobación se realizará “tan pronto como las circunstancias políticas lo permitan”. Se logró que el tema del terrorismo siga siendo tratado en el ámbito EUROMED mediante una reunión de Altos Funcionarios y expertos que se ha celebrado el 23 de Noviembre, cuyos resultados son alentadores para la continuidad de este dialogo. Se constató también que el diálogo político progresa y se consolida, con medidas de construcción de la asociación (creación de confianza).

En el aspecto económico y tras la importante Conferencia sobre Cooperación Regional celebrada en Valencia en enero, se aprobó una Conferencia sobre inversiones privadas, a celebrar en Portugal durante la presidencia de este país, y se apoyó la Conferencia Ministerial sobre Agua, celebrada en Turín en octubre. Hubo una reflexión importante sobre la lentitud y burocratización de los procedimientos para atribuir los fondos MEDA I. Por parte europea se informó que se mantendrá la prioridad que atribuye la UE a su contribución financiera al Proceso de Barcelona, y que esto se reflejará en el programa MEDA II, que deberá sustituir al anterior a partir del 2000. En el capítulo social y humano destaca el endoso unánime de la proyectada conferencia sobre sanidad y enfermedades epidémicas e infecciosas que se ha celebrado en Montpellier. Especial relevancia reviste igualmente el diálogo sobre migraciones y circulación de personas cuya continuación tras la reunión de La Haya fue endosada por los Ministros, estando prevista una nueva reunión de altos funcionarios y expertos durante la presidencia francesa, en el segundo semestre del 2000.

Todo ello revela que el espíritu de Barcelona está vivo y que el proceso euromediterráneo prosigue su camino, a pesar de las dificultades que le plantea la situación política en la región. Por ello puede afirmarse que Stuttgart ha constituido un punto de inflexión en la trayectoria del Proceso de Barcelona, que ha superado su fase inicial para entrar en otra de consolidación y madurez.

El “espíritu de Barcelona” y los principios a que hace referencia la Declaración, se refieren en primer término al enfoque de la relación euromediterránea, pero componen además un cuadro de valores de carácter universal y por ello la trascienden. Son las bases hoy generalmente aceptadas por la comunidad internacional para lograr la paz, la estabilidad, la cooperación y un desarrollo compartido. Promover el espíritu de Barcelona y proyectarlo en el Mediterráneo en sentido lato, áreas adyacentes y a nivel internacional, es una tarea especialmente importante.

A través del proceso de Barcelona sus miembros estamos tratando de construir en común un nuevo sistema de seguridad para la región, basado en un enfoque cooperativo que trasciende el de la seguridad colectiva. Pretendemos que sea global e interactivo, es decir que se asiente en los valores esenciales y principios asumidos en la Declaración, como la democracia, el Estado de derecho y las libertades fundamentales, así como en el desarrollo de los objetivos fijados en sus tres capítulos, político, económico, y social, cultural y humano. Solo así podremos consolidar la paz y la estabilidad, asentadas en la cooperación y el bienestar compartido. Junto a la seguridad tradicional, vinculada a la defensa y otras amenazas para la seguridad interna y colectiva (droga, crimen organizado, violencia, terrorismo, entre otras), contemplamos igualmente los nuevos retos sociales, culturales y económicos, como la seguridad alimentaria, el acceso a los recursos energéticos e hídricos, o el problema de la migración. Se puede resumir la filosofía de base diciendo que sin seguridad no hay desarrollo y sin éste no hay seguridad.

El primer instrumento de este ambicioso planteamiento es el diálogo político reforzado, que nos ha permitido ya un mejor conocimiento recíproco, una convergencia conceptual y la gradual construcción de confianza, que deberán impulsar las medidas que hoy llamamos de construcción de la asociación. Es importante la cooperación transnacional en los múltiples aspectos contemplados en Barcelona que inciden en la seguridad interna.

La atención y esfuerzo están centrados ahora en el instrumento evolutivo y marco de referencia que se pretende alcanzar con el proyecto de "Carta Euromediterránea de Paz y Estabilidad", que está llamada a ser la piedra angular de todo el proceso. En el futuro habrá que encarar otros retos más ambiciosos, como el control y limitación de armamentos o el establecimiento de un instrumento regional de solución de conflictos.

Existe una conciencia compartida en ambas riberas de que la transición económica en el sur y la prevista zona euromediterránea de libre comercio tendrán efectos positivos a largo plazo y crean dificultades a corto. Para paliar las consecuencias es preciso un continuado esfuerzo de todos. Es también importante completar el marco de los Acuerdos de Asociación y su puesta en práctica, entre otras razones por su efecto de convergencia. Al mismo tiempo, los objetivos de Barcelona implican necesariamente un desarrollo y mejora de las relaciones de vecindad y de la integración subregional en el sur. En la Conferencia sobre Cooperación

Regional de Valencia y sus conclusiones refrendadas en Stuttgart se encuentran las claves de su orientación futura.

Finalmente, es conveniente recordar que los Estados no son los únicos actores del proceso. Para que pueda prosperar se requiere el convencimiento y participación activa de las sociedades civiles en las dos riberas. No basta que se sumen las elites, sino que hay que llevar el espíritu de Barcelona y concienciar al resto de nuestra sociedad.

Podemos decir, para concluir, que el siglo XXI tiene que ser el de la consolidación de la relación euromediterránea. Ésta ha tenido hasta ahora un tono político menor que hay que modificar. El Mediterráneo debe ser el eje de globalización regional.

Para que este nuevo Espíritu Mediterráneo pueda avanzar hacia su plenitud es preciso el esfuerzo conjunto de todos, desde las dos riberas, centrado en el "espíritu de Barcelona" y en el desarrollo de su contenido. Sólo desde esa perspectiva es posible concebir con optimismo el futuro del Mediterráneo. Sólo a través de él cabe augurar la necesaria convergencia ideológica y política, atenuar las disparidades socio-económicas, acercar los intereses nacionales y, en definitiva, hacer frente a la conflictividad que lastra la cooperación. Debemos hacerlo desarrollando iniciativas concretas a corto plazo pero desde el horizonte a largo que contempla el proceso, consensuando posiciones que respeten nuestra diversidad.

Es igualmente importante establecer y desarrollar una sinergia positiva entre las organizaciones regionales o subregionales directa o indirectamente relacionadas con el área (Liga Árabe, Organización para la Unidad Africana, por ejemplo) y los diversos "diálogos mediterráneos" de organizaciones europeo-occidentales (OTAN, OSCE, UEO, Consejo de Europa).

Desarrollando lo previsto en el Tratado de Amsterdam, la UE decidió en el Consejo de Viena (11.12.1998) incluir entre sus previstas "estrategias comunes" la del Mediterráneo, con mención específica del carácter central que tienen en la misma el Proceso de Barcelona y el Proceso de Paz en el Oriente Medio. Esta estrategia, que España ha venido inspirando desde su génesis, y que está en curso de elaboración, quiere ser una señal política de la importancia que la Unión atribuye a la relación euromediterránea; y su valor añadido está en el carácter que se le pretende dar, como instrumento interno de la Unión, para coordinar y dar mayor efi-

cacia y coherencia a la labor de sus órganos competentes en el seguimiento de la problemática del área, así como integrar sus acciones en los diversos niveles internacionales que tienen que ver con el Mediterráneo.

LOS OTROS “DIÁLOGOS” MEDITERRÁNEOS

Estos “diálogos”, en los que España ha venido ejerciendo una labor promotora, fueron ya objeto de más detenida referencia en la anterior edición del “Panorama Estratégico”, a la que nos remitimos. Su desarrollo gradual no ha cesado, aunque todavía abarquen a un número limitado de países de la ribera sur. La participación activa de los socios mediterráneos varía según las circunstancias de cada uno aunque predomina todavía en conjunto, por ejemplo en el de la OTAN, una receptividad en los aspectos no militares y una reticencia al desarrollo de una cooperación multilateral en los de seguridad, en sentido clásico, es decir los más directamente conectados con la defensa. Ello se debe a una reserva ante los mismos por parte de los países árabes, fruto de sensibilidades, como las derivadas de una visión de la OTAN como instrumento militar occidental vinculado a la de guerra fría o de un pasado colonial. El nuevo “concepto estratégico” de la OTAN aprobado en la Cumbre de Washington y las circunstancias en que se produjo la intervención no serían ajenas al mantenimiento de estas reticencias.

En todo caso y desde la óptica de la Unión Europea, esos diálogos son un esfuerzo que debe proseguir, con un papel complementario del proceso de Barcelona, al que pueden aportar la experiencia que les es propia, especialmente, por ahora, en la creación de confianza, prevención de conflictos y cooperación no militar.

LOS GRANDES RETOS DEL FUTURO

El Mediterráneo sigue siendo plural en todos sus aspectos esenciales, multipolar y en buena parte fragmentado, por lo que carece todavía de un perfil geopolítico unitario y definido, que se trata de concebir y crear superando gradualmente las realidades del pasado que lo hicieron zona de fractura en los ejes Norte-Sur y Sur-Sur. La progresiva integración en el Norte, económica, política y de seguridad, basada en importantes estructuras institucionales (Unión Europea, OSCE, y OTAN, como más destacables) contrasta con la falta de ella en el Sur.

Europa está altamente industrializada, es demográficamente estable y posee una fuerte integración política y económica. Si se cumplen los objetivos propuestos en un plazo de veinte a treinta años Europa tendrá un mercado único de cerca de 478 millones de habitantes, que se ampliará con la prevista adhesión a la Unión Europea de Turquía (casi 65 millones). Rusia, por su parte, tiene alrededor de 149 millones.

Por el contrario, los países del Magreb y del Oriente Medio están todavía en fase de industrialización —con la salvedad de Israel que cuenta ya con una economía altamente tecnificada—, tienen una demografía creciente y carecen de la necesaria integración política y económica. La diferencia de rentas con Europa es todavía excesivamente grande, siendo, por término medio la cuarta parte en los países árabes menos favorecidos.

Las previsiones indican que los países árabes experimentarán en el curso de los próximos 25 años enormes cambios. De acuerdo con datos recientes del Banco mundial la población del Oriente Medio ha registrado un incremento del 30 por ciento en los últimos 10 años, alcanzando actualmente 310 millones de habitantes, y la demografía seguirá una línea ascendente hasta que se establezca hacia la mitad del siglo, para seguir después una pauta descendente. Durante los próximos 20 años, podría llegar a la cifra de 460 millones, de los que 191 estarán localizados en una banda de edad de 15-39 años, es decir una cifra similar a la que resulta de sumar los 101 millones en EEUU, los 33 de Japón, los 22 de Alemania, los 19 del Reino Unido y los 18 de Francia que estarán en esa misma banda de edad.

Sin embargo, la expansión demográfica no tiene que ser necesariamente un riesgo que derive hacia negativos escenarios malthusianos o los dibujados por Huntington, de pugna de civilizaciones. Por el contrario, en el contexto y con las oportunidades adecuadas, promueve el desarrollo.

Al mismo tiempo, las circunstancias derivadas de la globalización y mundialización, entre ellas la denominada sociedad de la información, cambiarán las pautas de comportamiento políticas, económicas y sociales.

Hasta ahora los países árabes mediterráneos no han logrado avances sustantivos en el desarrollo subregional. Tan sólo un 10 por ciento del comercio en la región es inter-árabe, y las economías del Oriente Medio no pueden permitirse seguir amparándose en la abundancia de recursos naturales o practicando sistemas de economía centralizada. Por el con-

trario, deben llevar a cabo procesos de reformas económicas fundamentales capaces de competir en el mercado mundial, para lo que están dando ya pasos significativos en tal sentido.

Para lograr una convergencia, la mayoría de los países del sur necesitan una cooperación pacífica, transición política, desarrollo social, aceleración de su crecimiento, reformas, modernización y liberalización económica, lo que a su vez requiere un adecuado flujo de inversiones extranjeras.

Por lo que se refiere al potencial de conflicto, los análisis coinciden en que se ha producido un sensible cambio de pautas. El riesgo de conflictos armados entre Estados ha decrecido. En cambio, ha aumentado el de conflictos internos que, casi siempre, tienen repercusiones internacionales de mayor o menor alcance. En el futuro el componente económico y la estabilidad social constituyen factores acrecentados de riesgo. El reto para los países a ambos lados del Mediterráneo es cómo asegurar una progresiva convergencia que salvaguarde su plural identidad y una solución pacífica y negociada a sus diferencias, basada en la cooperación y en la necesidad de encuadrar un destino común, a nivel regional y subregional. Ello requiere una aproximación gradual que debe tener en cuenta las sensibilidades de los países de la ribera Sur y los celos ante lo que pudiera presentarse como un intento por parte europea de proyectar en ese ámbito sus propios esquemas —a veces percibido en el Sur como una forma sutil de neocolonialismo—, en favor de un verdadero diálogo, para construir conjuntamente un sistema de estabilidad y seguridad y prosperidad compartida en la zona.

En las sociedades en transición, como ocurre en la ribera Sur del Mediterráneo, las viejas fuentes de conflicto se ven potenciadas por factores nuevos, como la falta de adecuado gobierno, los problemas demográficos, la escasez o mal uso de los recursos naturales, la degradación medio ambiental, o la proliferación de armamentos. Los remedios implican un esfuerzo continuado que combine una variedad de instrumentos. Se trata de una tarea que requiere la participación de organizaciones internacionales, así como la cooperación multilateral y bilateral entre los Estados. La dimensión preventiva, encaminada a desactivar la tensión, detener la violencia inmediata o aplicar políticas que encaren las causas subyacentes de conflicto es una cuestión clave. Ello implica el análisis de las tendencias a largo plazo y de los factores de violencia subyacentes, así como el seguimiento de eventos a corto plazo, desencadenadores de la misma.

La globalidad con la que los países de la ribera Sur contemplan la estabilidad y seguridad del área debe ser valorada y entendida. Para muchos de ellos, como se refleja en su postura en el marco de los diversos diálogos Mediterráneos en curso, los factores socio-económicos, culturales o ambientales constituyen realidades que tienen que encarar, con los consiguientes riesgos de seguridad interna o en el contexto de las relaciones subregionales, tanto o más importantes en lo inmediato que los de la seguridad en sentido tradicional. Por ello, se pide con insistencia no sólo que Europa lo tenga suficientemente en cuenta en la cooperación global y bilateral con ellos, sino en su propio esquema de seguridad.

Todavía pervive en el Sur un conjunto de factores estructurales que entraña riesgos de inestabilidad política, con potencial de desembocar en confrontaciones internas, o entre los países de la zona. Entre ellos cabe señalar:

- Las consecuencias de un fracaso en la adaptación a modelos importados y la incapacidad de encontrar otros alternativos viables.

La mutación social ha sido más acelerada que los cambios políticos y la renovación de las elites dirigentes, lo que ha producido fracturas, como lo ha evidenciado la emergencia de nuevas fuerzas o modelos, como los propiciados por los movimientos islamistas, que se apoyan en el deseo de amplias capas de la sociedad de salir de la marginación en que se sienten respecto al sistema político, reforzar su identidad, y moralizar la vida pública. Por ello, la estabilidad socio-política dependerá en gran medida de la capacidad de los sistemas políticos de llevar adelante la modernización en curso y adaptarse al cambio generacional, en un marco abierto y pluralista que dé cauce y respuesta a los nuevos retos, con una base institucional sólida.

- El problema del crecimiento económico
En conjunto, el crecimiento subregional a largo plazo está vinculado a la capacidad de estos países de diversificar su producción y aumentar la liberalización y la integración económica, creando así las condiciones para atraer las inversiones privadas extranjeras. Las previsiones a medio plazo del Banco Mundial no son negativas ya que contemplan la posibilidad en muchos casos de crecimientos del 4 al 5 por ciento en el próximo lustro, lo que permitiría ulteriores reformas, pero en otros, como ha sido el caso de los productores de petróleo hasta la reciente subida del crudo,

están más expuestos a las fluctuaciones de la situación económica internacional. Esto entraña el riesgo de un incremento en las disparidades económicas subregionales, lo que a su vez puede generar dificultades ulteriores en el proceso de reforma.

— La demografía y la migración.

El fuerte aumento demográfico previsto hará que en conjunto se doble para el año 2025. La presión continuará, según los estudios de los expertos, hasta el 2050, para después iniciar una curva descendente. El riesgo se acentuará en ese arco temporal. El factor demográfico tiene a su vez distintos planos, que afectan no sólo al volumen y tasa de crecimiento sino a su estructura (étnica, social, cultural y religiosa) y distribución (urbanización y emigración). Algunos desarrollos políticos e institucionales, por ejemplo, conflictos y tensiones vinculadas al nacionalismo, políticas económicas inadecuadas, falta de movilidad social, o el apego excesivo a la tradición, pueden conllevar un incremento de las tasas demográficas. Por el contrario, la paz y un aperturismo político y económico con sociedades más secularizadas y modernizadas pueden ayudar a reducir dichas tasas. Un factor de particular importancia para esto último es la educación. El aumento del porcentaje de población joven genera una fuerte competencia en los mercados de trabajo locales y la consiguiente presión migratoria. El capital humano continúa, en general, muy por debajo de los niveles europeos o de otras áreas económicamente competitivas.

— Las cuestiones horizontales clave, como la insuficiencia de recursos hídricos y su incidencia.

Como recurso vital y escaso, especialmente en las riberas sur y este mediterráneas, el agua ha tenido siempre singular importancia estratégica, como componente de la seguridad, y por ello política, a la par que un instrumento de poder, influencia y control, cuando no ha sido utilizado como arma. Esto se ha reflejado en muchos de los conflictos y tensiones que se han producido en el área, siendo el caso más significativo el árabe israelí. En el Magreb el problema del agua es comparativamente menos acuciante.

El panorama que se dibujó en la Conferencia de Valencia (1998) de la Red Mediterránea del Agua, se puede resumir así:

- La sequía, en diversos grados, es un factor cíclico pero constante en la mayor parte de la zona mediterránea. Períodos de 2 ó 3 años

son frecuentes, pero se pueden prolongar hasta 10. El cambio climático que se está produciendo no augura, según los expertos, sino un agravamiento, con aumento medio de las temperaturas y carácter más irregular y violento de la pluviometría (más difícil aprovechamiento). A la larga se espera un aumento de la desertización, con efecto en los acuíferos. Los pantanos existentes se han mostrado hasta ahora capaces para hacer frente a las irregularidades estacionales o de ciclo corto de la pluviometría, pero poco eficaces para resolver los problemas de las sequías persistentes.

- En el año 2000, 430 millones de personas vivirán en los países ribereños del Mediterráneo y 500 millones en el 2025 en una superficie de 8.82 millones de km². La zona está sometida a rápidos cambios demográficos, sociales, económicos y medioambientales. Actualmente el 37% de la población vive en el litoral, en un área que representa sólo el 10% del total. En los países del norte la tasa demográfica se ha estabilizado en torno al 1%, con valores negativos en el caso de España e Italia. En el sur crece a un ritmo entre el 2 y 3%.
- Hoy hay en la zona alrededor de 30 millones de hectáreas de regadío, que debería desarrollarse más en el sur bajo la doble presión de atender la demanda alimentaria interna, reduciendo la dependencia del exterior, y de poder contar con los recursos de la exportación agrícola. Al mismo tiempo crecerán la concentración urbana, el turismo y la industrialización, con la consiguiente demanda de agua. El consumo doméstico es cuantitativamente el menor. La industrialización consume menos que la agricultura pero contamina más e incide en el ecosistema, aunque también hay que tener en cuenta el efecto del abuso de los productos químicos en la agricultura. Las previsiones son, con el horizonte del 2025, que la demanda de agua aumentará en un 40% en el Norte, donde hay más recursos, y se multiplicará por cuatro en el Sur. La presión será mayor en las zonas costeras donde la concentración del turismo dispara la demanda precisamente en el período estacional en el que la pluviometría es más escasa.

En resumen, la disponibilidad de agua constituye en el Mediterráneo un factor limitador del desarrollo, a pesar del gran esfuerzo desplegado para regular y mejorar el uso de los recursos hídricos y, consiguientemente, su disponibilidad. Los costos de esta labor siguen, por otra parte, un curso creciente.

El único actor regional del Oriente Medio que no tiene carencias de agua y sí potencial de facilitarla a otros países de la región es Turquía, lo que refuerza en este sentido sus otras muchas claves estratégicas. Controla de hecho el caudal del Eufrates, vital para Siria e Irak, y en menor medida el del Tigris, que también surte a este último país. La construcción de la presa de Ataturk y el control del flujo por parte de Turquía ha dado lugar a tensiones con los otros dos países.

Todas las partes directamente implicadas en el conflicto árabe-israelí (israelíes, palestinos, sirios, jordanos y libaneses, salvo Egipto que se nutre del Nilo) han rivalizado, y de hecho lo siguen haciendo, por el control y reparto de los recursos disponibles. Desde el origen de este conflicto, con colonización judía de Palestina y la posterior creación del Estado de Israel, el agua ha sido uno de los componentes esenciales de su estrategia territorial. Su único embalse natural es el lago de Tiberiades, nutrido por el Jordán, cuyas fuentes principales se encuentran en el mazizo del Golán, lindante con Siria y Líbano, mientras que todos los demás acuíferos importantes que aprovisionan a Israel proceden de Cisjordania. Lo mismo que el agua ha sido una clave de la confrontación, y lo es de la negociación de la paz, lo tendrá que ser en su ulterior construcción, para que sea viable y se traduzca en estabilidad y cooperación.

Ha habido algún proyecto basado en la idea de crear un acueducto que, partiendo de Turquía y atravesando Siria y Jordania, llegase hasta Arabia Saudí (quizás con un eventual ramal para Israel y los palestinos) pero la situación de la zona no ha permitido, de momento, que adquiriese consistencia. También se ha especulado, por los mismos israelíes, con la idea de que Egipto pudiese suministrar agua del Nilo para desarrollar la agricultura en el Sinaí, especialmente en la zona cercana a Gaza, a fin de crear allí un polo de desarrollo que pudiese aliviar la presión demográfica en el citado territorio palestino.

Simplificando, puede decirse que el tema del agua tiene, desde un enfoque euromediterráneo, el bilateral y el subregional en el sur (Magreb y Mashreck por separado, ya que no pueden, por su separación física, compartir los recursos acuíferos naturales), y el regional de Barcelona.

En el marco subregional del Oriente Medio, el tema del agua se plantea actualmente, desde la perspectiva del proceso de paz, en: 1) el ámbito bilateral (por ejemplo el definido en el acuerdo de paz entre Jordania e Israel o en los que se alcancen por Israel con los palestinos en las negociaciones sobre el status final, o con Siria y Líbano), y el multilateral local

(como es el caso de los entendimiento de Israel, Siria y Jordania sobre el Yarmuk); 2) en la banda multilateral de dicho proceso de paz (grupo ad hoc), en cuyo contexto o en otro posterior aparte podría eventualmente encuadrarse un acuerdo regional más amplio que, en la línea de los proyectos indicados, incluya a Turquía, Irak, Egipto y Arabia Saudí, cuyo extremo norte se encuentra a tan sólo 20 kms de Eilat. En resumen, se puede hablar de círculos concéntricos que, por ello mismo, están llamados a ser complementarios y compatibles entre si.

Antes de Barcelona se habían ya realizado visibles progresos de enfoque global con la conferencia de Argel y, sobre todo, con la adopción en Roma, en 1992, de la Carta Mediterránea del Agua. Existen por otra parte una serie de organizaciones e iniciativas a nivel internacional cuyos campos de actuación se solapan: Mediterranean Technical Assistance Programme del Banco Mundial, que financia planes del agua y proyectos de gestión del agua urbana, así como la Water Initiative, que tiene como objetivo la reforma de las Políticas del Agua en el Mediterráneo; Comisión Mediterránea del Desarrollo Sostenible, que tiene un Grupo de Trabajo de gestión de la demanda del agua y desarrolla líneas estratégicas sobre el tema; Plan de Acción del Mediterráneo; RIOC: Red Internacional de Organismos de Cuenca; SEMIDE: Sistema Euromediterráneo de Información sobre conocimientos técnicos en el sector del Agua (nueva creación de Barcelona); SMAP: Red de Ministerios de Medio Ambiente Euromediterráneos, que tiene la función de la aprobación técnica de proyectos de Medio Ambiente que incluyen la Planificación Integrada del Agua.

En el marco de Barcelona, la Conferencia Euromediterránea de Ministros de Medio Ambiente celebrada en Helsinki en noviembre de 1997 aprobó el Programa de Acciones Medioambientales Prioritarias a corto y medio plazo, incluyendo el agua como una de sus cinco prioridades. La Conferencia ministerial de Turin sobre la Gestión Local del Agua (18-19 octubre 1999) y su Declaración final y Plan de Acción anejo suponen un nuevo impulso a la cooperación en la materia, continuando la labor de la anterior de Marsella y reafirmando su importancia como una de las seis prioridades de la cooperación regional señaladas por la Conferencia Euro-mediterránea de Stuttgart (15.04.99). El Plan incluye la transferencia de conocimientos y técnicas para la modernización de los regadíos; la utilización y desarrollo de los recursos hídricos no convencionales; técnicas de ahorro de agua; la mejor organización y planificación de las cosechas y explotaciones agrarias; la gestión integrada del suministro de agua potable, de los servicios de saneamiento y de las aguas residuales. Contem-

pla igualmente el problema del agua en los entornos insulares y la elaboración de previsiones locales y nacionales con vistas a la gestión sostenible de este recurso limitado. Está prevista la celebración en el Cairo, en el 2000, de un Foro Mundial del Agua.

EL PROCESO DE PAZ EN ORIENTE MEDIO

Al comenzar 1999 la situación en el Proceso de Paz en Oriente Medio (PPOM) venía marcada por el continuado estancamiento del mismo a resultas de la política del entonces Primer Ministro de Israel, Benjamin Netanyahu, desde su acceso al poder en 1996. El acuerdo de Hebrón (15.01.97) no se materializó en todas sus partes y a pesar de los esfuerzos internacionales lo mismo ocurriría con el Memorándum de Wye River (23.10.1998) truncando las esperanzas de relanzamiento del proceso. El escenario estaba dominado por la desconfianza mutua, sin faltar las acciones violentas. Dos elementos adicionales complicaban el horizonte: las elecciones israelíes y la posible proclamación de la independencia palestina, anunciada inicialmente por Arafat para el 4 de mayo.

El triunfo del líder laborista, Ehud Barak, en las elecciones israelíes del 17 de mayo, propició un nuevo clima político en la región que augura, a pesar de las muchas dificultades, un relanzamiento del Proceso de Paz en todas sus bandas, aunque ello lleve tiempo y no se haga simultáneamente en todas ellas, como era el deseo norteamericano y europeo. Ha cambiado la perspectiva política de fondo israelí. Para el Likud la prioridad de la seguridad israelí iba asociada con la idea de “la paz por la paz”, con una interpretación restrictiva del principio de “paz por territorio” asumido en la Conferencia de Madrid, mientras que para Barak la idea matriz es que sólo la paz permitirá la seguridad y la estabilidad regional, a la par que no excluye el eventual Estado palestino. Sus enfoques están pensados para hacerlo posible, aunque con las condiciones que se negocien destinadas a satisfacer la seguridad israelí, compatibilizando ambas cosas, mientras que el Likud se oponía a la idea y actuaba con unas exigencias encaminadas a dificultar o excluir tal posibilidad.

Esto no quiere decir que el camino del estatuto definitivo con los palestinos vaya a ser fácil, dada la naturaleza de los temas pendientes, incluida la cuestión de Jerusalén, como tampoco lo será la banda siria, porque ambas implican devolución o renuncia territorial, con todo lo que ello comporta —población, recursos naturales, etc— y garantías suficien-

tes de seguridad mutua. La banda libanesa, al no tener Israel pretensiones territoriales, salvo lo colateralmente ligado a la seguridad que debe ir pareja a su retirada de la “zona de seguridad”, debería ser comparativamente más fácil, pero su vinculación política con la banda siria hace que ambas deban ir paralelas.

Uno de los mayores problemas de la paz es que, aunque los políticos —a quienes corresponde gestionarla— quieran negociarla y firmarla, no sólo deben aproximar posturas todavía muy distantes sino que tienen que vender y hacer aceptar sus términos a opiniones públicas —la paz la hacen los pueblos— cuya mentalidad, fraguada en décadas de confrontación, de rechazo o desconfianza hacia el “otro”, no evoluciona al mismo ritmo. Sus minorías extremistas, cuya capacidad de obstrucción política y material es muy superior a su peso demográfico, oponen resistencia, incluso violenta. Basta recordar lo que ocurrió con la primera etapa de la “paz de los valientes”, protagonizada por el Primer Ministro Rabin, con el sacrificio de su propia vida. A pesar de lo que se supone era una encendida voluntad de paz del país, una breve ola de atentados dio al traste con los esfuerzos de su sucesor Shimon Peres y propició la victoria electoral del Likud, con las consecuencias conocidas, de involución y paralización de los acuerdos suscritos.

Con Egipto, Israel ha tenido dos décadas de “paz fría” desde Camp David, y la más reciente paz con Jordania que lleva ya un lustro desde la firma del Tratado de Wadi Araba (27.10.1994) no ha estado exenta de tensiones y reacciones internas en este país tan singularmente enlazado con los palestinos. Aunque el acercamiento a Israel ha permitido a Jordania una actitud más positiva del mundo occidental hacia la condonación o reestructuración de su deuda y otros beneficios económicos, incluidos los acuerdos sobre el suministro de agua del Yarmuk y del Jordán, el flujo de turismo, etc, al tiempo que en lo político se ha logrado la fijación de fronteras definitivas y estables con su vecino, la mayoría de los jordanos considera que a pesar de las concesiones hechas a Israel siguen sin ver el fruto de la paz. La “paz de los pueblos” con el conjunto árabe requiere primero la paz global y falta para ello lograr el necesario acuerdo político con palestinos, sirios y libaneses, pero incluso en ese supuesto quizás haya de pasar mucho tiempo hasta que se logre la “paz de los corazones”. Para esto hace falta el concurso activo del conjunto de la sociedad civil israelí y de los países árabes vecinos. ¿Se podrá lograr?.

Henry Kissinger dijo una vez que Israel no tiene política exterior sino sólo política interna, lo que puede ser completado señalando la impor-

tante influencia que tiene la prolongación de esa política interna en el ámbito de los Estados Unidos. La paz requiere un consenso nacional sobre sus términos y aunque la voluntad de lograrla por parte de los israelíes está fuera de toda duda razonable, no ocurre lo mismo con su aceptación de los elementos esenciales necesarios para alcanzarla, definidos desde la Conferencia de Madrid y posteriores acuerdos bilaterales. La Unión Europea, por su parte, los recordaba en la importante Declaración del Consejo de Berlín (24 y 25 de marzo).

Israel, con la peculiar personalidad que le dio el sionismo —el Estado judío para los judíos— y una unidad interna y relaciones con la diáspora fraguadas en el dato esencial de garantizar su propia existencia frente al rechazo árabe, tiene un problema de definición futura de su identidad y ubicación internacional, muchas veces encarado internamente pero todavía no resuelto, que de hecho se agrava con la perspectiva más inminente de la paz. De esa definición interna de su futuro depende el enfoque de la paz y que ésta no sea una mera ausencia de guerra.

¿Estado judío? ¿Estado judío y democrático? ¿Estado de todos los ciudadanos (incluido su 20% de origen palestino y beduino)? ¿Estado judío y de todos los ciudadanos?. Éstas son algunas de las más usuales definiciones, según las diversas tendencias políticas y religiosas, que debaten los propios israelíes desde casi el origen del Estado y que se han avivado en los últimos tiempos. Han dado lugar a crisis con la Diáspora, como la motivada por Ley aprobada por la Knesset, en tiempos de Netanyahu, dando a los ortodoxos el monopolio sobre cuestiones relativas al estado religioso y civil (conversión y su legalidad, matrimonio y divorcio). Su impacto afecta a toda la sociedad judía y adquiere tintes políticos en función de la calificación de quién es judío y de la Ley del Retorno, que financia la inmigración o Aliyá. Fue el MAPAI, antecesor del Laborismo, quien de hecho introdujo el problema ya en 1948, con un sistema que no separa la religión y el Estado. De hecho, las formaciones religiosas y su pretensión de que toda Constitución se identificase totalmente con la Torah hizo que la primera Knesset tuviese que renunciar en 1949 a proveer al país de este texto básico, que hubiese complementado y desarrollado la Declaración de Independencia. Desde entonces se ha colmado el vacío con sucesivas leyes fundamentales sectoriales, pero sigue sin existir una constitución escrita como tal. Es sus etapas iniciales sólo el Partido Nacional Religioso (sionista) participó en la Knesset y los sucesivos Gobiernos. Después, y especialmente desde el acceso al poder del Likud en 1977, las diversas formaciones religiosas han entrado en el juego polí-

tico con un creciente papel de bisagra entre el Likud y los Laboristas. Han hecho y deshecho coaliciones y Gobiernos y el aumento de sus votantes, especialmente el sefardí Shaas, les ha dado un poder que han usado en su favor. La incógnita de futuro y las tensiones internas que genera, en conjunción con las tendencias nacionalistas radicales y los movimientos de colonos, están en la raíz de esa opción existencial que a su vez se conecta con el enfoque del proceso de paz. No hace mucho, sirva de botón de muestra, 250 rabinos israelíes volvían a emitir una decisión religiosa por la cual se consideraba ilegal cualquier devolución de territorio perteneciente al Eretz Yisrael.

¿Debe Israel continuar viviendo con doctrinas políticas o religiosas, como la del “Eretz Yisrael”, o el Sionismo Revisionista de Ze’ev Jabotinsky y Menachem Begin, que desde el acceso al poder del Likud en 1977 impregnaría su política y las actitudes del nacionalismo radical, con una identidad inmovilizada en los conceptos del pasado que estimuló las tesis anexionistas de territorio ocupado, o peor todavía, de “territorio sin población”? ¿Estado laico, como preveía su Declaración de Independencia, o confesional, como pretenden darle las minorías ultrareligiosas, de creciente peso en la sociedad y en el fiel de la balanza política? ¿Judaísmo universal en sus relaciones con la Diáspora y el entendimiento con los movimientos conservador y reformista o judaísmo nacionalista e involutivo, con marginación de las propias minorías judías, como ha ocurrido con algunas de las inmigradas? ¿Puede mirar al futuro desde el sionismo secular que implican esas doctrinas, todavía avaladas por considerables sectores de población o, logrado y consolidado lo esencial de su vocación histórica sionista, es decir, su propia existencia y el reconocimiento de ésta por los demás, debe asumir el riesgo de la paz con cooperación y abrirse a sus vecinos? ¿Se producirá una plena normalización de la situación en Israel del millón de ciudadanos de origen palestino o beduino, o resurgirán tendencias radicales como la del “they must go” del notorio difunto rabino Meir Kahane, y se buscará un trasvase de esta población en paralelo con el proceso de paz? ¿Puede Israel seguir el modelo integrador del “Benelux” que propiciaba Shimón Peres ya a fines de los años ochenta, y más a largo plazo el de la Unión Europea, o se inclinará por el fatalismo de la “separación” o con fronteras sólo “entreabiertas”? ¿Es posible el tipo de convergencia y cooperación subregional que preconiza el proceso euromediterráneo de Barcelona?

Algunas de éstas y otras preguntas similares pueden formularse también a los vecinos de Israel, empezando por los palestinos. En todos ellos

la perspectiva de una verdadera paz con cooperación no deja tampoco de suscitar un paralelo “interrogante existencial”, cada uno en su propio contexto y circunstancia.

De momento los actores subregionales del proceso de paz parecen todavía presa de las profundas diferencias políticas y socio-culturales que han ahondado décadas de confrontación, y del temor de suscitar una erosión de su propia identidad o su asimilación. El cambio de mentalidad será el fruto de la paz, pero no deja de ser menos cierto que, para que ésta se pueda producir y desarrollar, se requiere un convencimiento inicial de un horizonte en común que la mundialización hace por otra parte cada vez más difícilmente soslayable en todos los ámbitos. En ese sentido el espíritu y el desarrollo del proceso de Barcelona, en el que todos participan, puede constituir una importante apoyatura.

El largo plazo que exigió la formación de la coalición gubernamental y del nuevo gobierno israelí, presentado a la Knesset el 7 de Julio, así como el posterior, para reabrir el diálogo con los palestinos y alcanzar el Memorandum de Sharm el Sheik —aplicación de lo restante de la fase transitoria definida en Oslo y un esquema temporal tentativo para la negociación del status permanente— indican las dificultades todavía subyacentes. Desde la filosofía de que “nada está acordado hasta que todo lo está” se buscaría evitar la erosión de una presión interna constante, a cada paso concreto. ¿Será ello posible en las condiciones de la política interna israelí y palestina?. Paradójicamente puede decirse que la propia condición democrática de Israel y de los palestinos, en comparación con otros regímenes del área, constituye una dificultad añadida para la negociación, al ser mucho mayor su dependencia de sus opiniones y equilibrios internos.

Las reacciones de los países vecinos, y en general las de los árabes, a los primeros pasos de Barak para relanzar el proceso de paz fueron, como era de esperar, de diverso signo, como lo es su actitud. Frente a la esperanza de la mayoría, no dejaron de provocar escepticismo en cuanto a las intenciones de fondo israelíes y una reacción negativa de los contrarios al encuadre mismo del proceso de paz, con un fondo común de desconfianza todavía visiblemente arraigado en sus opiniones públicas.

Los Estados Unidos, como la Unión Europea, han apostado por una globalidad del proceso relanzando todas sus bandas, pero las dificultades aparentes para reactivar la banda sirio-libanesa, pueden hacer variar ese esquema, incluso por Israel, que inicialmente parecía inclinado a ello.

BANDA PALESTINA

Como se ha señalado, el plan Barak para los palestinos es muy distinto a lo contemplado por Netanyahu, aunque circunstancialmente pueda no parecerlo. Su clave está en el factor tiempo, ya que, a diferencia de las visiones del proceso de paz como un proceso indefinido o cuando menos muy prolongado, Barak está actuando para tratar de concluirlo en el plazo de un año y medio y, en todo caso, durante su mandato. No es ajeno a ello la propia perspectiva norteamericana. Por un lado, el Presidente Clinton desearía lógicamente llegar a las elecciones presidenciales y concluir su segundo mandato en enero del 2001 con un logro visible e irreversible en el proceso de paz. Por otro, es bien sabido que un cambio de administración en los EE.UU. conlleva un período de adaptación y menor actividad.

Después de intensas negociaciones a lo largo del mes de agosto, palestinos e israelíes firmaban el Memorándum de Sharm-El-Sheikh el 4 de septiembre. Se trata de un documento que modifica la aplicación de lo dispuesto en el Memorándum de Wye River y añade nuevos compromisos relativos al inicio de las negociaciones del Estatuto Permanente. Para la firma de este Acuerdo fueron necesarias sendas cartas de garantías por parte de los EE.UU. y la UE en las que el aspecto fundamental es asegurar a los palestinos que las posibles dificultades o estancamientos de las negociaciones relativas al Estatuto Permanente no impedirán la aplicación por Israel de los compromisos adquiridos en el Memorándum de Sharm-El-Sheikh y en los acuerdos anteriores.

El Memorandum contiene, fundamentalmente, los siguientes elementos:

1. Un nuevo calendario de aplicación con redespliegues israelíes más lentos y espaciados hasta completar el 13% previsto en Wye (Netanyahu cumplió un primer redespliegue del 2%);
2. La liberación en tres fases de palestinos prisioneros en Israel;
3. Un calendario de aplicación de distintas cuestiones aún pendientes del Acuerdo Interino (construcción del puerto de Gaza, pasos seguros, etc...);
4. Mantenimiento de las obligaciones palestinas en temas de seguridad;
5. La negociación de un Acuerdo Marco sobre las cuestiones relativas al Estatuto Permanente, que debería estar concluido a mediados de febrero, aunque es probable que se retrase algo;

6. El inicio de las negociaciones del Estatuto Permanente antes del 13 de septiembre, lo que ha demorado hasta el 8 de noviembre. Estas negociaciones deberían terminar en el plazo de un año, es decir el 13 de Septiembre del 2000.

La aplicación del Memorandum ha sufrido retrasos, por ejemplo, en la liberación de prisioneros y en la apertura de los pasos seguros, creando repuntes de tensión y cierto escepticismo palestino en cuanto a las verdaderas intenciones israelíes y a la existencia de un auténtico cambio con respecto a las estrategias anteriores, pero el hecho es que continúa.

Las negociaciones sobre las cuestiones del Estatuto Permanente se presentan muy duras, dado lo alejado de las posiciones iniciales de ambas partes y la complejidad y sensibilidad de los asuntos a tratar. Son previsibles crisis, momentos de parálisis de las negociaciones y actos de violencia de quienes todavía se oponen al proceso tal como se está configurando. En este contexto, es importante que estas crisis no lleguen a poner en peligro su continuidad. En cuanto a los plazos contemplados, cuesta pensar que puedan cumplirse y cabe que las partes tengan finalmente que adoptar para algunos temas, como el del futuro de Jerusalén o los refugiados, entendimiento de carácter temporal, o pactar el escalonamiento en la aplicación de los acuerdos.

Por ello el "acuerdo marco" parece esencial. No se trataría sólo de que reafirme los principios y elementos de referencia que den la suficiente confianza y hagan viable la negociación, sentando las bases o dando respuesta para un enfoque consensuado de cada una de las cuestiones que constituyen la agenda del status final. Aunque no se refleje en el documento, tendrá que confirmarse entre las partes que habrá un Estado palestino, lo que los palestinos dan ya por sentado y estiman que constituye una condición previa, y que se buscará una fórmula para Jerusalén que permita la doble capitalidad, quizás en la línea conceptual de ampliar los límites de la ciudad y buscar un encuadre especial para la Ciudad Vieja. También, que el territorio final a devolver a los palestinos en Cisjordania será suficiente en su continuidad y con comunicación asegurada con Gaza para que resulte viable como soporte de ese Estado, contando además con los recursos adecuados —la idea de compensaciones territoriales no debería descartarse, pues ello facilitaría resolver el difícil punto de los asentamientos y daría mayor fuerza al acuerdo por el cual Israel conservaría parte del territorio cisjordano ocupado, proporcionando al mismo tiempo una justificación interna a los palestinos y cara al mundo

árabe—. Finalmente, que se contemple un entorno de cooperación económica y comunicación social en el que la “separación” se circunscriba a los mínimos requeridos por la seguridad mutua.

En resumen, el “acuerdo marco” debería “cerrar” en lo fundamental y de principio las principales cuestiones, incluido quizás un esquema a más largo plazo para Jerusalén y los refugiados, dejando en las demás cuestiones —seguridad, fronteras, agua y asentamientos— sólo pendiente la discusión de los aspectos técnicos.

La opción del Estado palestino viable, democrático y con buenas relaciones de vecindad es importante para Israel, para su estabilidad y seguridad. Es la lógica de quienes, como los laboristas, piensan que es la única forma para conjurar el peligro que para la pervivencia de la identidad judía y sionista de Israel supondría una anexión política, internacionalmente impensable, de los territorios palestinos y su población, o un continuado dominio bajo fórmulas de mera autonomía administrativa o “bantustanización”, como preconizaba en el pasado la derecha nacionalista y que los palestinos lógicamente rechazan. El peso de la demografía —palestinos de los territorios más el casi millón de “árabes israelíes”— llevaría a que Israel se convirtiese de hecho en el estado binacional en su día reclamado por los palestinos, incompatible con la esencia actual de Israel.

También es importante desde la perspectiva de una solución del problema de los refugiados palestinos. Israel rechaza de plano su “derecho al retorno” al territorio actualmente israelí de los que salieron en la guerra de 1948 —que los palestinos piden basándose en las resoluciones pertinentes de las Naciones Unidas, y en especial en las 194, 237 y 242— y sostiene que su absorción definitiva se realice en los países árabes, aunque no se opone, en principio, a que al menos una parte regrese a la futura entidad palestina. Pero la capacidad de esta última para acoger refugiados dependerá de su componente territorial final y de sus recursos como resultado de la negociación con Israel, es decir, del porcentaje de territorio, número y distribución de asentamientos judíos y sus corredores de acceso que pretenda incorporar definitivamente al Estado israelí o conservar en algunas áreas como componente de seguridad y por un plazo a definir. Queda por ver si es viable la alternativa de una compensación económica en la línea establecida en su día por la ONU. Aunque Israel no ha cerrado la puerta a contribuir a esta opción, siempre ha dado a entender que, ante una demanda de reparaciones por los bienes que los refugiados palestinos dejaron en Israel, opondrá la suya propia por los bienes de los

judíos que hubieron de abandonar los países árabes a causa del conflicto. En otras palabras, se supone que si ha de haber compensación a los refugiados palestinos o ayudas para su reinstalación, sea en la nueva entidad palestina sea en otra parte, el costo tendrá que ser financiado en su mayor parte por los países árabes o donantes internacionales.

Las últimas encuestas reflejan que un 72% de los refugiados no aceptan la solución de la compensación, aunque un 82% reconoce que no tiene suficiente apoyo internacional para lograr el retorno. Al mismo tiempo, la futura entidad palestina, ya superpoblada en Gaza, difícilmente tendrá la capacidad necesaria para acoger a un porcentaje elevado de los refugiados, incluidos los que abandonaron los territorios ocupados en 1967. Por otra parte, una afluencia masiva de refugiados puede alterar sustancialmente el difícil equilibrio político interno palestino, ya que muchos no parecen ser entusiastas de la línea Arafat y del "liderazgo de los territorios", y militan en movimientos políticos o religiosos más radicales (FPLP, FPLDP, Hamas, Jijad, etc).

Es cierto que resulta poco probable que la mayoría de los refugiados opte por regresar a territorio palestino, de la misma forma que varios millones de judíos no han hecho la aliyá a Israel. Sin embargo, por razones de principio, es importante dejar abierta la posibilidad de que al menos una minoría de la diáspora palestina pueda volver a sus hogares de origen en la futura entidad palestina o acogerse a la misma.

En este sentido hay que tener especialmente presente el problema que representan los palestinos de los campos de refugiados del Líbano, que según las fuentes alcanzan un número de entre 300.000 y 350.000. Unos proceden de la ola que salió del territorio israelí en la guerra de 1948, otros de su violenta expulsión de Jordania en los acontecimientos del llamado septiembre negro en 1970. A diferencia de otros refugiados, constituyen un problema que requiere una solución no sólo económica sino política y de transferencia de población, ya que El Líbano, de momento, se niega en rotundo a que se establezcan definitivamente en su territorio, por el temor de que alteren el delicado reequilibrio interno establecido en 1990 por los acuerdos de Taef, que consolidaron la posición hoy mayoritaria de los chiitas y restablecieron la paz tras la guerra civil. Por eso el Líbano plantea la cuestión de dichos refugiados como una condición para su paz con Israel, a la par que este último país se opone a que regresen o se instalen en el suyo. Al mismo tiempo su eventual acogida en la futuro Estado palestino es probable que encuentre la oposición de Israel, por razones ligadas a su propia seguridad.

Esta cuestión ha deteriorado sensiblemente en el curso del año la relación entre libaneses y palestinos, especialmente tras la condena a muerte en contumacia por los tribunales libaneses del principal representante de Arafat en el Líbano, el Coronel Sultan Abul Einein, encerrado en uno de los campos y ascendido a General por el dirigente palestino, lo que algunos han considerado como un desafío a la postura de Beirut. Los responsables libaneses han impuesto un cerco a los campos desde el 14 de Noviembre y se ha producido una escalada dialéctica con Arafat, que ha llevado el asunto a la Liga Arabe. Esto se ha producido en un contexto en el que desde hace varios meses Al Fatah y la OLP han estado desarrollando una política de tratar de hacerse con el control político y militar de los campos, para contrarrestar o eliminar la fuerte presencia y actividades de los movimientos palestinos del "frente del rechazo" (FPLP, FPLP (CG) y FDLP). Se trataría de evitar que éstos puedan influir negativamente en la negociación bilateral, con actos de violencia por parte de grupos incontrolados que permitan a Israel acusar a la ANP de no mantener su promesa de garantizar la seguridad israelí. Esa actuación ha reavivado los temores libaneses y el espectro de un Estado palestino en El Líbano, como ocurrió en el origen de la guerra civil de este país en 1975. Es algo en lo que todas las comunidades religiosas libanesas y sus representantes parecen estar de acuerdo, con el presumible beneplácito sirio, ya que de otra forma sería difícil de concebir la postura de Beirut.

En resumen, todo indica que la "crisis" de los campos refleja las maniobras de unos y otros para encontrar su propio acomodo cara a la negociación, recordando a todos el carácter interactivo y global que tiene a la postre el PPOM.

Volviendo al ámbito israelo-palestino, parece afianzarse un mayoritario consenso nacional israelí sobre las siguientes bases para el acuerdo final:

1. no volver a las fronteras de 1967, conservando un porcentaje de territorio (30 a 40 por ciento de Cisjordania), por razones de seguridad y para concentrar en él los asentamientos que se hayan de conservar, en forma de tres bloques principales;
2. dejar la opción de permanecer o emigrar a la población palestina del territorio que se incorpore a Israel y a los colonos israelíes del resto del territorio palestino;
3. una solución "imaginativa para Jerusalén" (en la línea anteriormente apuntada), quizás con un estatuto transitorio y renuncia palestina al regreso de los refugiados a Israel, con una compen-

sación por los bienes perdidos y el apoyo a mecanismos que faciliten su instalación definitiva en otros lugares o en la entidad palestina resultante;

4. el Estado palestino estaría desmilitarizado y no podría suscribir acuerdos con países hostiles a Israel;
5. ningún ejército extranjero se instalará al oeste del Jordán.

Clinton se comprometió, en la carta que envió a Arafat instándole a que pospusiera la declaración de un Estado palestino, a promover una cumbre tripartita a finales de 1999 para impulsar las conversaciones de estatuto final y a intentar lograr que estas culminen en un año. La reunión de Oslo del 2 de Noviembre ha venido a cumplir esta previsión y aunque su contenido no ha sido muy sustantivo ha alentado el proceso. La Secretaria de Estado Sra. Albright tiene prevista una nueva gira a la región en los primeros días de Diciembre, con la que trataría de infundir un nuevo impulso al proceso de paz, que dé aliento a las negociaciones israelo-palestinas y trate de sacar del punto muerto la perspectiva de reanudación de las bandas siria y libanesa. Si las cosas avanzan positivamente, se podría pensar en otro encuentro de alto nivel en Washington cuando se disponga del acuerdo marco para las negociaciones de fondo sobre las delicadas cuestiones del estatuto definitivo, que debería estar ultimado para el 13 de febrero de 2000, según lo acordado en Sharm el Sheick. Será el primer momento importante, desde el punto de vista de hacerlo asumir por las respectivas opiniones, y en ese sentido la apoyatura internacional puede ser decisiva. Aunque Barak ha señalado su preferencia por una negociación estrictamente bilateral, los EE.UU y la misma UE mantendrán lo que probablemente será una creciente implicación como "facilitadores". Es una necesidad que se ha puesto de manifiesto en el pasado y que previsiblemente se mantendrá en el futuro.

Al redactar este análisis las negociaciones israelo-palestinas sobre la aplicación de lo restante del acuerdo interino avanzan en dientes de sierra. Se han materializado compromisos como la liberación de prisioneros, y la apertura del "paso seguro" en el sur, pero quedan otros. Por de pronto ha habido que aplazar la aplicación del segundo redespiegue israelí de los territorios (el 5%) previsto en Sharm el Sheick, debido al desacuerdo respecto a las areas a incluir en el mismo. Frente a la postura israelí de que le corresponde definir las unilateralmente, los palestinos reclaman la inclusión de zonas colindantes con Jerusalén —Abu Dis, Al Ram o Essariya—, así como partes del corredor Ramallah-Nablus-Jenin. Les preocupa asimismo que lo que se haga ahora constituya un precedente en su contra

para el tercer redespiegue. Por otra parte, queda por acordar el segundo “paso seguro”, en la zona norte.

Las negociaciones sobre el estatuto definitivo, reanudadas el 14 de noviembre, están en sus fases iniciales de fijación de agenda y del procedimiento de negociación, en lo que se habría ya avanzado sustancialmente, pero siguen pesando las cuestiones de principio y presumiblemente atravesarán más difíciles momentos cuando se empiece a entrar en el detalle y afloren las primeras graves diferencias interpretativas. Una de ellas sigue siendo la relativa a la interpretación de la resolución 242 del Consejo de Seguridad y del principio de paz por territorio. La polémica surgió ya con unas poco claras declaraciones del Primer Ministro Barak, en el sentido de que no se aplicaba a Cisjordania. Por parte palestina existe ya una arraizada conciencia de que no se podrá volver a las fronteras de 1967, pero entienden que éstas deben ser el elemento inicial de referencia para negociar una rectificación de las mismas. Esa modificación no puede por otra parte poner en entredicho la viabilidad de la futura entidad palestina. En otras palabras, rectificación sí pero no anexión unilateral israelí de altos porcentajes, superiores al 30%, como en algunos momentos se han barajado en el pasado por parte israelí.

El dato más conflictivo es la continuidad de la política israelí en materia de asentamientos, problema básico sin cuya solución los palestinos estiman que no se puede esperar ningún avance en la negociaciones sobre el estatuto final. Aducen que, además de evidenciar el no reconocimiento israelí de su derecho a la existencia como pueblo, impide que la Autoridad Nacional Palestina (ANP) pueda planificar su economía y desarrollo. Otro dato negativo desde la perspectiva palestina es lo que consideran constituye una política deliberada israelí de aislar el norte y el sur de Cisjordania, ampliando su presencia en Jerusalén y cortando su comunicación abierta con Belén.

BANDAS SIRIA Y LIBANESA

Las bandas siria y libanesa continuaban a principios de 1999 estancadas sin que las gestiones para activarlas, llevadas a cabo por parte de diversos actores internacionales, diesen resultado alguno. Siria mantenía su postura tradicional, que exige la retirada incondicional de los territorios ocupados y que se retomen las negociaciones que mantuvieron con los Laboristas en Wye en el punto en el que supuestamente quedaron inte-

rrumpidas. Mientras tanto, se producía un recurrente aumento de tensión en el Sur del Líbano, con recrudecimiento de los ataques de la guerrilla de Hizbollah contra las fuerzas israelíes y sus aliados del Ejército del Sur del Líbano, que se convertiría en un elemento central de la campaña electoral israelí. El líder laborista, Barak, declaraba, por su parte, que si ganaban las elecciones retiraría a las tropas israelíes del Líbano en el plazo de un año.

Una vez Barak en el poder, Siria reaccionó inicialmente de forma positiva y hubo gestos conciliadores del régimen sirio, empezando por las declaraciones del presidente Assad y las sugerencias del vicepresidente Khadam a los grupos radicales palestinos en Damasco para que adoptasen una posición menos beligerante. Tras unos primeros meses de incertidumbres, expectativas y contactos, el encuentro en Washington entre el Presidente Clinton y el Ministro sirio de Asuntos Exteriores, Al Shaara, el 29 de Septiembre, coincidiendo con la asistencia de este último a la Asamblea General de las Naciones Unidas, suponía una confirmación del papel promotor norteamericano en el conjunto del proceso de paz en el Oriente Medio y en la banda sirio-israelí.

La firma del acuerdo de Sharm el Sheikh entre palestinos e israelíes, y la consiguiente positiva canalización que esta banda parecía tomar, dejaban más en evidencia la necesidad de impulsar la sirio-libanesa, cuyo relanzamiento se presentaba más dificultoso.

Por otra parte traslucía el convencimiento norteamericano de que las circunstancias sólo hacían viable la aplicación de un enfoque global del proceso de paz, en virtud del cual las diferentes "bandas" fuesen tratadas de manera simultánea, así como la determinación de Washington para comprometerse en el diseño de las posibles soluciones, sobre todo en lo que se refiere a los arreglos de seguridad, que permitiesen la deseada reanudación de conversaciones y su mantenimiento y desarrollo estable, con la cautela necesaria, ya que cualquier interrupción de las mismas, una vez estas iniciadas, sería todavía más contraproducente.

En sus comentarios en Nueva York con motivo de la Asamblea General de las Naciones Unidas y en su intervención el 24 de septiembre en el Centro para la Cooperación y Paz en Oriente Medio, así como ante la Conferencia de Presidentes de Organizaciones judío-americanas, el 28 de septiembre, la Sra. Albright afirmaba que existía en Siria un deseo sincero de reanudar las negociaciones, señalando que los Estados Unidos no se implicarían en el esfuerzo si no considerasen la posibilidad de un avance. Igualmente señaló que el Presidente Clinton se involucraría personalmente

en el esfuerzo para hacer avanzar la banda sirio-israelí. Esto venía a coincidir con la confirmación por parte del Ministro de Asuntos Exteriores israelí, Sr. Levy, de que, efectivamente, los Estados Unidos estaban impulsando una iniciativa dirigida a lograr un encuentro bilateral entre sirios e israelíes que permitiese anunciar la consecución de progresos concretos.

La idea norteamericana parecía dirigirse a la reanudación de conversaciones sirio-israelíes con un marco de referencia que incluyese : el principio general del compromiso israelí para retirarse del Golán; la retirada por fases del ejército israelí, mediando los oportunos acuerdos de seguridad, con amplia participación de los EEUU —y de otras eventuales presencias—; el inicio de una nueva actitud de Siria hacia Israel, incluyendo aspectos como la no beligerancia y un compromiso en firme de normalización futura de las relaciones bilaterales, con algún gesto tangible en tal sentido, quizás algún tipo de presencia visible; y la retirada israelí del sur del Líbano, cuestión que aparecería como mero complemento al esquema principal sirio-israelí.

Una vez de acuerdo sobre los principios generales, se contemplaba según esta línea de planteamiento un encuentro bilateral, como mínimo a nivel ministerial, entre Israel y Siria en la que se endosaría algo parecido a una “declaración de principios”, es decir un esquema similar al propiciado con los palestinos, que serviría de encuadre a las negociaciones, para lograr la confluencia de las dos dimensiones del problema: la de las cuestiones bilaterales objeto de las mismas, y desde la perspectiva mas amplia de la globalidad del proceso de paz en la zona, así como la aceptabilidad de lo acordado desde su respectivo planteamiento interno, a fin de que no dañara la estabilidad, especialmente en el caso de Siria y mirando al futuro del régimen.

Pero a pesar de los gestos de buena voluntad y de los contactos, la situación al redactar este trabajo sigue estacionaria. Se diría que frente a lo que inicialmente parecía ser una disposición siria a acelerar el proceso, incluso por razones de futura sucesión interna, se ha mutado en una estrategia de dar tiempo al tiempo. Su lógica parece estar en que el tiempo apremia más a Israel, ya que Barak debe materializar sus compromisos electorales con logros concretos en los plazos previstos, y a la Administración Clinton le ocurre algo parecido desde el horizonte interno de las elecciones del 2000. Ambos elementos de presión se conjugarían ahora en la negociación, todavía con tiempo suficiente, en términos más duros. Por el contrario, en la medida en que se acerquen los plazos indi-

cados, cabe esperar una mayor voluntad de transacción. En definitiva, un forcejeo que sin duda continua entre bastidores y por intermediarios. Lo que Siria sí parece tener claro es que no se sentará a la negociación formal sin que previamente se hayan encuadrado y aceptado los parámetros esenciales a satisfacción de ambas partes, ya que Assad no quiere ser después acosado por la presión internacional ni tener que incurrir en concesiones que le desacrediten. Assad, su andadura lo avala, desea pasar a la Historia como el autor de la recuperación de la integridad territorial siria y de su afirmación regional, en el olor de santidad árabe que inspiró Nasser, y sin tener que arrostrar los riesgos que tuvo que correr Sadat.

Por lo que se refiere al Líbano, es quizás la parte más débil en el proceso de paz: por su simbiosis-dependencia con Damasco, que ha venido ejerciendo una "tutela" sobre el país —política, militar y económica, con presencia demográfica— como zona de influencia a la que tampoco parece dispuesta a renunciar en el futuro y en la que subyace el concepto de la "gran Siria"; por la dominante vecindad israelí, especialmente en lo militar, y su ocupación de la "zona de seguridad", con la consiguiente disparidad en su capacidad negociadora; y por el problema interno clave que supone la presencia en su territorio de los refugiados palestinos, a que ya nos hemos referido.

Por ello los libaneses son conscientes de que tienen poca autonomía negociadora y de que su futuro en el proceso de paz pasa, ineludiblemente, por el visto bueno de Damasco a cualquier entendimiento con Israel, lo que a su vez depende de lo que Damasco alcance con Tel Aviv. Esta situación de dependencia de Damasco, a la que se han amoldado los libaneses, con asenso tácito árabe y occidental, ha hecho que por parte israelí se vea la banda libanesa del proceso de paz como un apéndice de la siria, siendo Damasco el punto clave de la negociación.

La misma firme postura libanesa de aplicación incondicional de la resolución 425 del Consejo de Seguridad de la ONU (retirada incondicional israelí) sin ligarla a la 426 (donde se habla de negociaciones indirectas a través de UNIFIL), ha contribuido a ello y a la idea israelí de llegar, incluso, a una retirada unilateral de su presencia en el sur del Líbano, siempre que queden salvaguardadas sus necesidades de seguridad. Israel ha mantenido siempre que no tiene reivindicaciones territoriales sobre el Líbano y que, cumplida tal condición de seguridad, acepta la frontera internacional de 1948, es decir, la heredada del Mandato Británico.

Los israelíes parecen compaginar sus respuestas contundentes militares sobre el Líbano a los ataques de que son objeto en la zona de seguridad o en la frontera norte israelí (negando la premisa insistentemente defendida por Beirut de su derecho a la resistencia armada de las guerrillas en territorio ocupado por Israel, para recuperarlo), con la canalización hacia Damasco de las presiones para que influya sobre los libaneses a fin de poner término a esa situación, mientras que estos recelan que la contrapartida a concesiones sirias a Israel sea a costa libanesa. Ello va parejo con la idea de que si no se aceptan los términos de negociación propuestos por Israel y apoyados por los Estados Unidos, se verán en la disyuntiva de ser acusados ante la opinión pública mundial de constituir el obstáculo para la paz en Oriente Medio.

En el marco de las negociaciones con Siria y Líbano de un tratado de paz, o quizás como un paso hacia esto último, se puede contemplar un acuerdo previo para la retirada israelí de la “zona de seguridad” del Sur del Líbano, habiéndose producido, según algunas fuentes, contactos en los que Israel habría hecho llegar a través de buenos oficios norteamericanos y franceses un esquema en tal sentido.

Se trataría de un planteamiento de repliegue israelí por etapas, dentro del plazo de un año contemplado por Barak, y acompañado de la presencia de contingentes neutrales bajo la cobertura de las Naciones Unidas, quizás de los dos países indicados, que se desplegarían en las zonas evacuadas y sus proximidades, junto con efectivos libaneses y sirios, como fuerza de interposición para garantizar la seguridad de la frontera israelí y para evitar conflictos entre las diferentes facciones libanesas. En este sentido es preocupación israelí garantizar la seguridad de los miembros del Ejército del Líbano Sur (ESL) —milicias afines a Israel de la “zona de seguridad”— que opten por reintegrarse en el Líbano en vez de instalarse en Israel, como también se contempla. Al mismo tiempo, los responsables libaneses deberían comprometerse a evitar que Hizbollah y otras fuerzas de la resistencia continúen su lucha armada contra los israelíes, una vez que estos se hayan retirado de la “zona de seguridad”.

BANDA MULTILATERAL

La banda multilateral del PPOM es el elemento central de la normalización de las relaciones de Israel con los países árabes en su conjunto, y su vocación, como la del proceso de Barcelona, es construir el futuro. La

utilidad de la banda multilateral, además de la importancia intrínseca para toda la región de las cuestiones encomendadas a los diversos grupos de trabajo, puede y debe estar en la creación de medidas de confianza y en su empleo como foro de apoyo de las negociaciones bilaterales, aunque sean estos ámbitos distintos y deban permanecer separados.

Desde su creación hasta 1996 pudo funcionar, con la ausencia de sirios y libaneses, mientras hubo avances en las bandas bilaterales. La última reunión del Monitoring Committee y del Plenario tuvieron lugar el 7 y 8 de mayo de 1996 en Ammán. Tras la decisión de la Liga Árabe de 30 y 31 de marzo de 1997 de no participación en la banda multilateral, esta banda quedó paralizada. Sin embargo esta decisión no afectó por igual a todos los grupos de trabajo (control de armas y seguridad regional, agua, medio ambiente y refugiados). El de Refugiados ha seguido reuniéndose informalmente. El de Agua ha continuado haciéndolo a nivel de grupos técnicos, como también lo ha hecho el de Medio Ambiente. El de Seguridad Regional está totalmente bloqueado. A pesar de todo, el Secretariado, con sede en Ammán, ha mantenido una actividad testimonial y de organización interna.

Los egipcios y palestinos supeditan su relanzamiento a que se produzca algún avance en las bandas bilaterales. Sin embargo no se oponen a que se vayan haciendo preparativos informales y de bajo nivel. Los sirios y los libaneses se oponen a que se active esta banda si no se progresa más decisivamente en la negociación bilateral.

EL PAPEL DE LA UNIÓN EUROPEA

La Unión Europea continúa realizando una amplia labor en favor del proceso de paz, a través de su actuación política internacional cerca de las partes, de terceros y a otros niveles, incluido el proceso de Barcelona, especialmente por el cauce de su Enviado Especial para el Oriente Medio (EUSE), Embajador Moratinos. Ha apoyado las bandas bilateral y multilateral, así como el desarrollo y financiación de numerosos programas de cooperación, en particular los destinados a los palestinos, tanto de carácter asistencial como para la construcción y desarrollo de sus estructuras, que permitan la viabilidad de su futuro.

Entre otras áreas de esta acción cabe citar: la profundización en los contactos con los EE.UU, por ejemplo cara a la preparación de la reunión de Oslo; han continuado las reuniones del Comité Permanente de Seguri-

dad UE/Palestinos y el apoyo material para la organización de sus servicios en materia de seguridad y lucha antiterrorista; se ha seguido preparando la participación de la UE en los grupos de trabajo de la banda multilateral y de apoyo a su relanzamiento, o la posible asistencia a las partes para el tratamiento bilateral de temas como agua y refugiados; ha continuado el diálogo UE/Israel sobre las cuestiones económicas relativas al período interino con los palestinos (paso seguro, aeropuerto y puerto de Gaza); la labor de análisis para un nuevo concepto económico para la región; el apoyo al refuerzo de las instituciones palestinas; y el apoyo a los programas “people to people”, con el establecimiento de un Foro UE/Israel.

Esta última iniciativa responde al convencimiento, ya antiguo y reafirmado en los contactos del EUSE, de que es necesario mejorar la percepción de la opinión israelí en cuanto a la UE y también su actitud ante Israel y el proceso de paz, marcada durante décadas por una cultura de desconfianza que, aunque ha ido cambiando lentamente en función de la evolución del propio entorno interno israelí, se sigue nutriendo de hechos del pasado —antisemitismo, holocausto, etc.—, y responde también a conveniencias de instrumentalización política ligadas a la dialéctica del conflicto árabe-israelí: sólo los EEUU son amigo fiable y valedor de Israel y, por lo tanto, único mediador o facilitador aceptable, mientras que Europa no reúne esas condiciones al ser sesgadamente pro-árabe y sensible a sus dependencias con el mundo, que conserva resabios antisemitas y no tiene la coherencia y medios para desarrollar una política exterior de peso que le permita actuar como potencia real y global en el área. De hecho, lo que se recela de Europa es su postura más neutral y afín al sentir del conjunto de la comunidad internacional con respecto al conflicto, así como su papel equilibrador ante la desigualdad entre las partes.

EL FUTURO DE JERUSALÉN Y LOS INTERESES DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

No quisiera concluir estas reflexiones sobre el PPOM sin referirme, siquiera en forma enunciativa, al tema crucial del futuro de Jerusalén, una cuestión sin duda especialmente sensible e importante para el buen término del proceso, teniendo en cuenta lo que representa para las dos partes directamente implicadas y su significado universal, cultural y religioso. De hecho, una solución justa para Jerusalén viene a ser una condición necesaria para una solución justa y duradera del conflicto árabe-israelí y de la paz en Oriente Medio.

Jerusalén tiene dos dimensiones distintas, pero fuertemente vinculadas, que deben ser tenidas en cuenta: la de su futuro político y territorial, incluyendo el tema de la soberanía, y la cultural y religiosa. La primera atañe a los israelíes y palestinos y su solución debe ser objeto de un acuerdo entre las partes, en el marco de las negociaciones sobre el estatuto final, y de conformidad con los principios del proceso de paz definidos en la Conferencia de Madrid, en los Acuerdos Interinos de Oslo, y en el Derecho Internacional relevante. La segunda afecta al conjunto de la comunidad internacional.

Ello implica que cualquiera que sea la parte o partes que en el futuro ejerzan la soberanía y/o jurisdicción sobre Jerusalén debe respetar la identidad plural y naturaleza universal de la Ciudad, a fin de preservar su carácter único, sagrado para las tres grandes religiones monoteístas. La cuestión de los Santos Lugares no puede ser, por otra parte, dissociada de la cuestión de Jerusalén en su conjunto. Las partes de cualquier acuerdo interino o permanente sobre la dimensión política y territorial deben tener en cuenta los intereses y llamamientos de la comunidad internacional a fin de que sea respetado, de acuerdo con los antecedentes históricos, el Statu Quo sobre el ejercicio de los derechos religiosos en Jerusalén, y preservar así la dimensión más amplia cultural y religiosa de la Ciudad (statu quo en sentido amplio).

Frente a la tendencia a englobar las dos dimensiones, cultural y religiosa, que se manifiesta en los planteamientos de algunos sectores de opinión de las propias partes y del Judaísmo y el Islam, en los que no se ha producido la “desterritorialización” de Jerusalén que desde hace mucho tiempo opera en los planteamientos cristianos, la separación en lo posible de las dos dimensiones antedichas y el desarrollo de un consenso amplio entre las partes y a nivel internacional sobre los principios y principales cuestiones de la dimensión cultural y religiosa, podría contribuir a crear un mejor clima para las negociaciones bilaterales sobre el futuro político y territorial de la Ciudad. Ese consenso sobre el estatuto cultural y religioso de Jerusalén debería ser objeto de endoso y garantía por las partes y por la comunidad internacional, existiendo una variedad de posibilidades e instrumentos adecuados al efecto, a fin de prevenir futuras tensiones o la emergencia de conflictos que podrían socavar cualquier acuerdo de paz.

La lógica de este planteamiento se encuentra, por otra parte, en la doctrina sobre Jerusalén establecida desde la época de los acuerdos

logrados con el Imperio Otomano, en Tratados como el de Berlín de 1885 y en los que pusieron fin a la I Guerra Mundial, el de la Sociedad de Naciones, el del Mandato Británico sobre Palestina (arts. 13,14 y 15), así como los de las Naciones Unidas y la UNESCO, con su calificación de la Ciudad como patrimonio de la Humanidad. Aunque la propia comunidad internacional ha abandonado la inicial previsión de un estatuto internacional provisional para la Ciudad —el *Carpas Separatum* previsto en la Resolución 181 (27.11.47)— destinado a salvaguardar esa dimensión universal y evitar el conflicto que previsiblemente podría surgir al respecto entre las partes, los principios que lo inspiraron siguen vivos y se conectan hoy con los Derechos Humanos y Libertades Fundamentales, de los que forma parte la libertad de religión.

Un acuerdo sobre Jerusalén que salvaguarde y garantice esa dimensión cultural y religiosa puede constituir además un importante precedente y un marco de referencia que se haga extensivo a otros lugares santos del área, evitando tensiones y conflictos como el que ha surgido en Nazaret en torno a la Basílica de la Natividad con la construcción de una Mezquita en sus aledaños.

Finalmente cabe recordar que este planteamiento se inscribe en los propósitos generales del Capítulo III de la Declaración euromediterránea de Barcelona con el objetivo de desarrollar el entendimiento entre culturas y civilizaciones, incluyendo la profundización del diálogo interreligioso, antítesis de las visiones que, como la de Huntington, prevén la inevitabilidad de un choque entre civilizaciones. Una solución que haga que la dimensión cultural y religiosa de Jerusalén sea de todos y para todos contribuirá a que ese escenario catastrófico nunca pueda ser una realidad.

EL MAGREB. LOS CONFLICTOS SUBREGIONALES. LA UNION DEL MAGREB ARABE

El núcleo magrebí está compuesto por Marruecos, Argelia y Túnez, a los que se han añadido posteriormente Libia y Mauritania, países de transición por el sur y por el este. Más recientemente Egipto, país árabe con profundas raíces africanas y vocación de nexo entre el Magreb y el Mashreck, al que más propiamente pertenece, ha expresado con cierta insistencia su deseo de incorporarse al proyecto de la Unión del Magreb Arabe (UMA). Tal pretensión no deja de suscitar dudas en cuanto a su coherencia y hay que entenderla como una voluntad de estrechamiento de lazos

políticos y económicos con esa subregión, con la que comparte otras circunstancias como la pertenencia a la Organización para la Unidad Africana (OUA).

En la estela del proceso de independencia y de sus consecuencias políticas inmediatas en las relaciones inter-magrebíes, la diferencias ideológicas y la pugna por los intereses nacionales acabaron poniendo sordina al inicial impulso unitario del Gran Magreb. La reivindicación marroquí sobre Mauritania y el Sáhara, centrada después en este territorio y en ambos casos contestada por Argelia, se inscribe en el marco más amplio del contencioso argelino-marroquí y de su rivalidad por el liderazgo político en el Magreb y su proyección hacia la banda subsaheliana.

La evolución en el desarrollo del Tratado de Marrakech (17.02.89), que fundamenta el proyecto de la Unión del Magreb Arabe (UMA), ha sido reflejo del posterior curso de las relaciones intra-magrebíes. De julio de 1990 a abril de 1994 se sucedieron sesiones del Consejo y se prepararon numerosas resoluciones que en su mayoría habrían de quedar después sin efecto. La inicial presidencia marroquí fue un momento de esperanza e ilusión, seguido de una consolidación institucional bajo la tunecina, mientras que la sucesiva argelina puso énfasis en el desarrollo de la cooperación económica, con miras a crear una zona de libre cambio antes de finalizar 1992, a lograr la unión aduanera antes de 1995, a establecer un mercado común para el año 2000, y con el objetivo a largo plazo de la unión económica de los países. Libia aportaría su voluntarismo panarabista. A pesar de la fuerte convergencia en las políticas económicas nacionales, de reforma y ajuste estructural, lo que debería proporcionar la base para el desarrollo de la cooperación regional y el aumento de los intercambios, el peso de los factores políticos, la situación interna argelina y el aislamiento internacional de Libia continuaron enervando el proceso.

Más recientemente, los datos ya anteriormente apuntados la llegada a la presidencia en Argelia de Abdelaziz Büteflika, consolidada su legitimidad democrática por el resultado del posterior referéndum sobre la Concordia Nacional; el positivo curso de los acontecimientos en Marruecos tras la sucesión del Rey Hassan II por su hijo el Rey Mohamed VI, que aportará sin duda un nuevo aliento magrebí; y la normalización de la situación internacional de Libia parecían augurar un renovado clima de acercamiento y concordia, pero tras un mayor optimismo inicial predomina ahora la impresión de que ese relanzamiento será paso a paso, y llevará tiempo resolver las dificultades subyacentes en las relaciones bilaterales

entre países miembros y sus intereses nacionales. El mayor problema de fondo sigue siendo la relación entre Marruecos y Argelia, con el trasfondo de la cuestión del Sáhara.

En todo caso, el clima general es ahora distinto y más prometedor para un relanzamiento de la UMA, si se logran resolver tales diferencias. La Unión Europea seguirá siendo el punto de referencia, y el proceso euro-mediterráneo en su conjunto puede ser más o menos lento pero difícilmente reversible. Esto conlleva, necesariamente, una convergencia subregional. Cabe añadir que el desarrollo de la cooperación magrebí debería facilitar, a su vez, que esa cohesión subregional se proyecte en el ámbito de su participación en las organizaciones e instituciones árabes, africanas e internacionales de las que son miembros, reforzando así su papel. Por el contrario y como se ha evidenciado en el pasado, la transferencia a las mismas de sus rivalidades tiene un efecto negativo en cadena. El más reciente dato en este sentido viene dado por las dificultades para la proyectada Cumbre Europa-OUA del año 2000, derivadas de la eventual participación saharauí, desde el status de la República Árabe Saharaui (RASD) en el seno de la Organización africana. Marruecos se opone a cualquier forma de presencia institucional saharauí en la Cumbre y condiciona a ello su participación.

Si miramos al Magreb desde las anteriores perspectivas y convencimientos, y si lo hacen así los propios magrebíes, los conflictos y diferencias pendientes en la subregión pueden adquirir otra dimensión, de encuadre y entorno más propicio para su solución mirando al futuro, que permita, por eso mismo, superar las dificultades inherentes a enfoques meramente bilaterales o nacionales, costreñidos por el peso del pasado o las realidades del presente. Los últimos movimientos intermagrebíes parecen buscar esa línea. Así, el Comunicado Conjunto emitido al fin de la visita a Libia del Primer Ministro marroquí, con motivo de la celebración de la IV Alta Comisión Mixta, en cuyo curso se firmaron diversos acuerdos de cooperación, reafirma la necesidad de la UMA.

Marruecos y Argelia, que son los dos principales actores magrebíes, por su peso nacional y porque están en el centro del arco subregional, tienen el difícil reto y responsabilidad, pero también el trascendente papel de actuar como impulsores de la construcción magrebí. Su entendimiento y cooperación solidaria es una clave para la estabilidad y futuro de toda la región. El futuro del Magreb no está en la separación o división, sino en la progresiva unión, respetando la identidad de cada uno. Su mayor cohe-

rencia, si lo comparamos con la complejidad del Oriente Medio, debería permitir que el Magreb sirviese de adelantado y ejemplo en la cooperación subregional euromediterránea.

Los días 16 y 17 de mayo se celebró en Argel la XXXV Reunión del Comité de Seguimiento. La iniciativa surgió del encuentro de los Ministros magrebíes reunidos al margen de la Conferencia Euromediterránea de Stuttgart. La reunión de Argel estuvo enfocada a hacer un balance, clarificar la situación actual de la Organización y estudiar el establecimiento de un calendario de reuniones y de una serie de medidas que puedan llevar a la celebración, más adelante, de una reunión de Ministros de Asuntos Exteriores y, eventualmente, de una futura Cumbre de Jefes de Estado.

Un hecho puntual cuya importancia se debe relativizar ha sido la decisión de Mauritania de establecer relaciones con Israel a nivel de Embajadores, materializada, con la mediación de los Estados Unidos, en la firma en Washington, el 28 de Octubre, del correspondiente acuerdo por los Ministros de ambos países. Es el tercer país árabe en tenerlas, junto con Egipto y Jordania, tras la firma de sus acuerdos de paz con Israel. El hecho hay que verlo desde las conveniencias de ambos países y del esfuerzo israelo-norteamericano de impulsar la normalización entre Israel y los árabes. No es nuevo y ya se dieron pautas de aproximación con otros, como Marruecos, Túnez y Omán, al calor de los acuerdos de Oslo. El inicio de la aproximación con Mauritania fue producto de la mediación de España en el contexto de la Conferencia euromediterránea de Barcelona. Después, con el estancamiento del proceso de paz, los países árabes reversionaron la tendencia al estimar que Israel no debía lograr por anticipado lo que tenía que ser precio de la paz. Ahora, con el mejor clima en el proceso de paz, se ha reavivado la idea de la normalización. Sin embargo, cabe preguntarse si la premura en lograr estos avances no habrá de traer consecuencias negativas. El proceso de paz está lejos de consolidarse y la decisión mauritana tiende a romper la postura de conjunto árabe. Las reacciones de Siria y Libia, por ejemplo, no han sido ciertamente positivas, como no lo serán a nivel de muchas opiniones árabes, y el hecho puede complicar la relación inter-magrebí, con incidencia política en las perspectivas de relanzamiento de la Unión del Magreb Árabe.

Nadie duda hoy que España y el Magreb forman parte de una realidad histórica y geográficamente compartida. España ha tenido a lo largo de los siglos distintos períodos y ciclos en sus relaciones con la región magrebí. Muchos de ellos inmersos en enfrentamientos y plagados de

malentendidos, pero las cosas han cambiado. Nuestra histórica polarización en el Magreb ha perdido exclusividad pero ha aumentado sustancialmente en entidad.

Los últimos años han sido testigos de un cambio radical en la filosofía de nuestra relación con el Magreb. Ambas partes han comprendido y asumido la necesidad de revisar sus concepciones y de abordar el futuro con una aproximación distinta y sin prejuicios. Se debe desarrollar el nuevo marco de relaciones en la consolidación de la confianza mutua y de la complementariedad. En tal sentido se ha ido creando un creciente entramado de intereses mutuos que debería estimular la convergencia en todos los planos y evitar o reducir las diferencias todavía subyacentes o las eventuales vicisitudes de todo acontecer complejo, como lo es el escenario euromediterráneo. Desde esa visión España ha actuado decididamente como impulsor y catalizador de una nueva dinámica euro-magrebí en el marco euromediterráneo, tanto a nivel bilateral como multilateral, al tiempo que ha potenciado sus relaciones bilaterales y ha prestado un continuado apoyo a la solución de la cuestión del Sáhara y el Plan de Arreglo de las Naciones Unidas.

LA CUESTIÓN DEL SÁHARA

Tras la aceptación por las partes de los protocolos enmendados sobre identificación y recursos y las directivas operacionales que les remitió el Secretario General de las Naciones Unidas (SGNU) el 26 de Abril, se contemplaba un calendario cuyas fases eran:

1. 30 de noviembre, final de la identificación, publicación de la segunda y última parte de la lista provisional de electores, establecimiento de la Comisión del Referéndum;
2. 28 de febrero de 2000, fin del plazo de recursos;
3. 6 de marzo de 2000, comienzo del período transitorio, publicación de la lista electoral e inicio de la repatriación de refugiados;
4. 10 de junio de 2000, final de la repatriación e inicio de la campaña del referéndum;
5. 31 de julio de 2000, celebración de la consulta.

El fallecimiento de Hassan II y la ascensión al trono de Mohamed VI, que en sus primeros discursos reafirmaba la continuidad de la trayectoria para la culminación de la integridad territorial de Marruecos, así como su compromiso con la celebración de un referéndum "confirmativo de la

marroquinidad del Sáhara”, no permitía prever cambios radicales en la posición marroquí, lo que no excluye un talante más abierto. Al mismo tiempo surgía la pregunta de si un relanzamiento de las relaciones entre Marruecos y Argelia podría influir en una actitud más flexible de esta última.

Lo cierto es que en los últimos meses el Plan de Arreglo de NN.UU. para el Sáhara Occidental ha venido experimentando diversas dificultades a las que no ha sido ajeno, entre otros factores, el alto número de apelaciones o recursos presentados contra la inclusión o exclusión del censo provisional de votantes en el futuro referéndum. El último Informe del Secretario General de la ONU (SGNU), de 28 de octubre de 1999, sobre la situación del Plan de Arreglo, da cuenta de la presentación de 79.125 recursos, circunstancia que obligará a reconsiderar el calendario provisional, con un retraso estimado entre 1 y 3 años para el referéndum. Por un lado, es necesario tramitar los recursos que se presenten tras la identificación de los 65.000 individuos de las tribus controvertidas y por otro, es preciso tener en cuenta las dificultades que no dejarán de aparecer en las restantes fases del Plan.

Por ello no sorprende que hayan aflorado ideas orientadas hacia soluciones alternativas a la del referéndum previsto en el Plan de Arreglo de la ONU, basadas en una negociación entre las partes cuyos resultados se sancionarían en una posterior consulta popular. Es lo que se empieza a denominar la “tercera vía”. Sin embargo el Frente Polisario (FP) continúa oponiéndose a las mismas, por considerar que sólo el referéndum constituye una solución basada en el ejercicio democrático del derecho a la autodeterminación.

Marruecos estaría considerando un nuevo concepto político-administrativo para su estructura regional, en la que se buscaría un encaje para una más amplia autonomía del Sáhara, consensuando las decisiones políticas con representantes de la población saharauí. Esta parece ser la perspectiva desde la cual se creó el pasado mes de septiembre una Comisión Real para el Sáhara. ¿Es posible que Marruecos y el Polisario puedan buscar y lograr un entendimiento sobre la base de una alternativa que, desde el respeto a la voluntad saharauí, vaya más allá de la mera autonomía administrativa y no llegue al Estado independiente? ¿Pueden reverdecer ideas como las del “estado asociado” tipo Puerto Rico, o de unión personal en el Monarca marroquí, al estilo de la Commonwealth británica?. La Unión personal podría tener un soporte no sólo político sino también reli-

gioso dada la calidad de Emir Al Muminin del Soberano marroquí, que ha tenido en el pasado proyecciones históricas en la relación entre el Reino de Marruecos (Bled es Majzen) y los territorios colindantes (Bled es Siba). ¿Facilitaría Argelia una evolución de este tipo desde su proclamada disposición a aceptar el acuerdo a que lleguen las partes? ¿Se puede pensar en que el desarrollo futuro de la UMA sirva de marco para fórmulas asociativas regionales de miras supranacionales que diluyan el conflicto y le den un nuevo encuadre?.

EL EGEO, TURQUÍA Y GRECIA, LA CUESTIÓN DE CHIPRE. EL EJE ENERGÉTICO DEL CASPIO

Turquía mantiene su especial importancia geoestratégica también en el nuevo escenario mundial que ha sucedido al término de la guerra fría, y seguirá siendo un eslabón fundamental de la política regional, por muchas razones: por su papel en el seno de la OTAN; por la importancia de Ankara a la hora de planificar la distribución de los recursos energéticos procedentes del Caspio; por su posición relevante de cara a la estabilidad en los Balcanes y en el Mediterráneo Oriental, así como en la relación con el mundo árabe e islámico y por su vecindad de Rusia; por sus reforzadas relaciones con Israel en el marco de una pacificación futura del Oriente Medio; por su vecindad y papel en cuestiones regionales, como las que suscitan el futuro de Irak e Irán. Además, existe una amplia convergencia de puntos de vista entre Turquía y los Estados Unidos sobre las cuestiones regionales, lo que fortalece el “enhanced partnership” entre ambos países. Sensus contrario, una Turquía inestable implica una Eurasia inestable y, por lo tanto, una fuente de conflictos de potencial impacto global.

Por lo que se refiere a las relaciones entre Israel y Turquía, ambos países son claves para el futuro de la región en el siglo XXI, por su componente geoestratégico en materia de seguridad, y por su capacidad de proyectar estrategias multidireccionales en las relaciones este-oeste y norte-sur. El acuerdo militar —que ambos declaran está “abierto a terceros”— cuya existencia se hizo pública en diciembre de 1995 no dejó de suscitar reacciones de sensibilización en el mundo árabe, particularmente en Siria. Jordania pareció ser alentada a incorporarse a ese marco, que todo indica era favorecido por Washington, pero finalmente hubo de desistir, a pesar de sus buenas relaciones con ambos.

Las relaciones turcas con Siria han mejorado sensiblemente tras la actitud más constructiva mostrada por Damasco en la cuestión del terrorismo, pero las divergencias tienen todavía raíces que tardarán previsiblemente bastante tiempo en desaparecer. En el marco económico existe un interés de Siria por desarrollar las relaciones, especialmente en el tema del agua, y una mejora del acuerdo suscrito por ambos países en 1987, que permitió a Turquía doblar hasta 1000 m³ por segundo la utilización del caudal del Eufrates.

Un dato importante a lo largo de 1999 ha sido el establecimiento de un diálogo greco-turco a nivel de Ministros de Asuntos Exteriores (Cem-Papandreu), cuyas dos primeras sesiones dieron lugar a un clima más positivo, y ambas partes han reafirmado su deseo de que pueda mantenerse en una línea ascendente, a fin de solventar los problemas bilaterales en el Egeo sobre la base del diálogo y la negociación. En este sentido cabe señalar que el Ministro griego visitó Estambul los primeros días de septiembre para participar en el foro Taksim de la Universidad y mantuvo un nuevo encuentro con su colega turco.

Desde el plano de su relación con Europa y tras el desengaño sufrido por Turquía con ocasión del Consejo Europeo de Luxemburgo (12-13 diciembre 1997), que decidió no incluir a este país en la lista de candidatos inmediatos a la adhesión a la Unión Europea, las cosas no evolucionaron en manera significativa hasta que el Consejo de Asuntos Generales de la Unión Europea decidió invitar al ministro turco de Asuntos Exteriores a un encuentro con el mismo el 14 de septiembre de 1999. El positivo desarrollo de dicho encuentro marcaría un nuevo tono junto el paquete de ayuda financiera aprobado por la U.E. con motivo del terremoto de Izmit. Se volvía a abrir así la prudente esperanza de que el Consejo de Helsinki, a finales de año, marcara una nueva etapa y un reconocimiento formal de la candidatura turca a la adhesión, a cambio de un compromiso de acelerar las reformas internas para cumplir los requisitos de Copenhague y del Tratado de Amsterdam.

El Gobierno turco se muestra preocupado por el deterioro de la economía del país, agravada por los desastrosos efectos del terremoto de Izmit, situación a la que la Unión Europea ha respondido con una importante ayuda que ha sido valorada por los reponsables turcos. El nuevo terremoto de 13 de noviembre en Duzce supone un peso adicional. En el curso del año las exportaciones turcas a Rusia han disminuido en un 30 por ciento, a Asia en un 43 por ciento e incluso el volumen comercial con

los Estados Unidos (que alcanzó los 6.300 millones de \$ en 1997) han caído de manera alarmante en un 29 por ciento durante el primer semestre del año 1999. Por ello, el Gobierno turco trata de mejorar las relaciones con los Estados Unidos, con un acuerdo para el establecimiento de “zonas industriales” que permitan el acceso al mercado norteamericano, sin impuestos, de productos elaborados en Turquía, con un esquema similar al establecido por los EE.UU con Israel y Jordania.

La visita del Presidente Clinton a Turquía en los tres días previos a la Cumbre de la OSCE de Estambul (18-19 de noviembre) tenía lugar en el marco de los deseos norteamericanos, expresados por sus portavoces y por los comentaristas turcos, de consolidar la “relación especial” con Ankara y de asegurar el apoyo turco a su estrategia para la región. En ese contexto, se valora el papel turco en la búsqueda de un nuevo equilibrio en los Balcanes, el Caucaso y Asia Central, sobre la base de la solución de los conflictos locales, el reforzamiento de la autonomía política y viabilidad económica de los nuevos países, asegurando la salida por Turquía de los recursos energéticos de la región. Ello conlleva la búsqueda para Turquía de un papel dinámico y multidimensional, como modelo de democracia secular y economía de mercado cara al mundo islámico, actuando de puente entre Europa y este último. La lógica de este esquema requiere que Turquía resuelva sus problemas con Grecia y Chipre, profundice en sus reformas democráticas y se integre en la Unión Europea.

En esa misma línea de desarrollo de las relaciones cabe situar la visita oficial del Primer Ministro Ecevit a Rusia (5-6.11.99), cuyo aspecto más destacado por los medios informativos ha sido la firma de una declaración conjunta en materia de cooperación en la lucha contra el terrorismo. En cambio, se ha aplazado la firma de un protocolo que impulse el proyecto para la construcción del gaseoducto “Blue stream” que una a ambos países a través del Mar Negro, a la espera de la ratificación por parte de la Duma rusa de los acuerdos bilaterales de doble imposición y de protección y promoción mutua de inversiones, aunque también han podido incidir presiones de los EE.UU. y de Azerbaiyán y Turkmenistán, ya que el gaseoducto llevaría gas natural ruso y eventualmente también azerí. Los responsables turcos —declaraciones del Presidente Demirel y del Ministro de Energía Ersumer— han venido insistiendo en su deseo de asegurarse una pluralidad de proveedores energéticos. Rusia es, no hay que olvidarlo, el segundo socio comercial de Turquía después de la Unión Europea y con bastante distancia de los Estados Unidos, así como su principal proveedor energético. Por otra parte, la visita de Ecevit habría permitido estable-

cer un diálogo político fluido en una coyuntura regional compleja para ambos países por el potencial desestabilizador de los acontecimientos en el Cáucaso y las negociaciones sobre los futuros corredores energéticos del Caspio.

La firma, con ocasión de la Cumbre de la OSCE, del acuerdo para la construcción del oleoducto Baku-Ceyhan y de la declaración de intenciones para el gaseoducto transcaspiano ha constituido un paso importante en el establecimiento del futuro marco regional de extracción y exportación de estos recursos. La administración norteamericana —el Presidente Clinton ha asistido acompañado del Secretario de Energía Sr. Richardson— los había venido apoyando fuertemente, desde su convencimiento de que constituyen las mejores opciones, por razones políticas, económicas y ambientales.

El Secretario de Energía, Richardson, ha afirmado que la importancia de los acuerdos radica en que fortalecen la seguridad de suministro energético en Occidente, crean un puente de comunicación entre occidente y el Asia Central, multiplicarán las oportunidades de desarrollo social y económico de la región, descongestionarán el tráfico petrolero de la zona del Bósforo y aumentan las oportunidades de negocios para las compañías norteamericanas.

Ha sido la culminación de un proceso gestionado desde la firma en 1994 por Azerbaijan de un acuerdo de cooperación con el consorcio "Azeri International Cooperation Company", en el que participan las compañías norteamericanas Exxon, Unocal y Pennzoil. Dichas compañías decidieron construir dos oleoductos que partían de Azerbaijan, uno hacia la parte rusa del Mar Negro en Novorossik, y un segundo hacia Supsa, en Georgia. El oleoducto de Supsa inició sus trabajos en abril de este año y esta operando a plena capacidad (115.000 barriles diarios), mientras que el oleoducto de Novorossik está cerrado actualmente a causa de los acontecimientos en Chechenia. En 1996 se logró un acuerdo para creación de un consorcio para el oleoducto del Caspio, desde el Kazajstán hasta la parte oriental del Caspio, en Novorossik, que está actualmente en construcción. En 1998, la "US Trade and Development Agency", el Banco Export-Import y la OPIC crearon un centro de financiación en Ankara para estimular la participación de firmas norteamericanas en dicha estrategia. El apoyo político de la Administración norteamericana quedó de manifiesto con la designación de un Consejero especial para la Cuenca del Caspio. En ese mismo año los Presidentes de Turquía, Georgia, Azerbai-

jan, Kazajstán y Uzbekistán firmaron la Declaración de Anchura para convertir Baku-Ceyhan en la ruta más importante para la salida del crudo del Caspio y apoyar la construcción de un gaseoducto transcaspiano. En febrero de 1999, Turkmenistán designó al consorcio "PSG International", y posteriormente a la "Shell", para la construcción del gaseoducto. Se contempla que el gas pueda llegar a Turquía hacia finales del año 2002 y el crudo pueda fluir por el oleoducto en el primer trimestre del año 2004.

Quien no se ha manifestado muy satisfecho con los acuerdos es Irán, que se ve desplazado de ser la principal, mejor y más barata alternativa para el transporte de dichos recursos, como no dejan de reconocer algunas compañías petroleras. Su reacción ha sido de estimar que obedecen a las motivaciones políticas de los Estados Unidos y a su designio de aislar una vez más a Irán. A la larga espera que las condiciones de extracción y precios del crudo del Caspio jueguen en favor de la reactivación de la opción iraní.

El resultado de la Cumbre de la OSCE en Estambul ha sido favorablemente evaluado por Turquía, desde el punto de vista de sus intereses. Puede hacer valer una buena organización y participación; la crisis de Chechenia ha desviado la atención de las deficiencias democráticas internas turcas; ha podido consolidar sus relaciones y papel regional; y los líderes europeos han confirmado el apoyo a su candidatura a la Unión Europea. A pesar de las dificultades que la cuestión chechena ha supuesto para la Declaración final, el papel de la OSCE ha salido reforzado.

En cuanto a las cuestiones regionales, Turquía ha prestado su plena cooperación en las labores militares llevadas a cabo en los Balcanes y especialmente en Kosovo. Respecto a Armenia mantiene la necesidad de que este país devuelva los territorios ocupados en Azerbaijan, como condición previa al establecimiento de relaciones diplomáticas. Existe, por otra parte, una profunda preocupación turca ante un eventual desmembramiento territorial de Irak, que representaría un factor extremadamente desestabilizador para la región. El diálogo con Irán empieza a ser fructífero, sí bien existe cierto escepticismo sobre posibilidades reales de que el Presidente Jatemi pueda desplegar toda su influencia en el país. En el Cáucaso, preocupan especialmente a Turquía el conflicto del Ngorno-Karabaj, como foco de inestabilidad regional, y la situación de Armenia.

Turquía mantiene una dura y rígida posición en relación con el contencioso de Chipre, que quizás puede ser entendida como de carácter

negociador antes de la eventual reanudación de conversaciones sobre el contencioso en la isla, posibilidad con la que se ha venido especulando.

La conmemoración del 25 aniversario de la intervención turca en el Norte de Chipre, celebrado en el mes de Julio, concluyó con la reafirmación del compromiso incondicional de Turquía con la República Turca del Norte de Chipre (RTCN) y con el endoso del principio de "dos estados" y de la fórmula de la confederación como solución para la división de la isla.

De estas tomas de postura parece desprenderse que la parte turca habría abandonado la idea de una federación bizonal y bicomunal como solución para la división de la isla, una vez consolidada su posición en torno al principio del reconocimiento de la igualdad política de dos Estados y al objetivo de una confederación, (que a su vez Grecia considera inviable, por el temor de los greco-chipriotas hacia el poderío de las fuerzas armadas turcas y los designios de Anchura sobre la isla). Ello dejaba en el aire la pregunta de si constituiría o no un obstáculo insalvable para que Denktash aceptase la convocatoria del Secretario General de la ONU para el diálogo interchipriota, en la medida en que se encuentren "formulas creativas" que permitan a ambas partes aceptarlo.

Los Estados Unidos y la Unión Europea abogan por la necesidad de aprovechar la coyuntura política internacional para llevar a la práctica esta iniciativa para Chipre, endosada por el G-7 y en virtud de la cual las partes implicadas volverían a negociar sin precondiciones, aunque los EE.UU. apoyan la idea del proyecto de federación bizonal y bicomunal.

En su visita a Atenas, en la gira de la cumbre de la OSCE, el Presidente Clinton dejaba claro que Turquía no puede ser miembro de la Unión Europea hasta que resuelva sus diferencias con Grecia, apuntando a que el contencioso del Egeo debe ser sometido al Tribunal Internacional de Justicia u otra instancia internacional reconocida. Al mismo tiempo, reiteraba que el statu quo actual de Chipre no es aceptable.

Tras asistir a la Cumbre de Estambul, el Secretario General de las Naciones Unidas realizaba una visita bilateral a Anchura con el telón de fondo del previsto inicio en Nueva York, el 3 de Diciembre, de las denominadas "proximity talks" entre los líderes de las dos comunidades chipriotas. El Secretario General formulaba un llamamiento a la prudencia y a la esperanza. No cabe augurar de momento que se pueda alcanzar un entendimiento definitivo, dada la distancia que separa a las partes, pero sí que, al menos, el diálogo entre ellas se mantenga.

CONCLUSIÓN

Los cambios en el escenario mediterráneo y en su entorno durante 1999, y especialmente el avance decisivo que esperamos en el proceso de paz en el Oriente Medio, con su efecto en toda el área, ofrecen una singular oportunidad de establecer la paz y desarrollar el conjunto del proceso euromediterráneo en su doble eje norte-sur y sur-sur, en los diversos ámbitos de la cooperación subregional. Es una oportunidad que no se debe malograr, no sólo por lo que en ello tienen en juego las dos riberas y todo lo que significa para ellas el desarrollo del espacio euro-mediterráneo, sino también porque se conecta con los retos de la globalización y mundialización.

Si miramos al futuro, la misma progresiva aplicación de los compromisos adquiridos en Barcelona debería favorecer el clima para la solución de todos los conflictos pendientes entre sus miembros y menguar la posibilidad de aparición de otros nuevos.

Quando se produzca el previsible grado de convergencia necesario entre el Proceso de Paz en Oriente Medio, y los acuerdos a que dé lugar, y el proceso de Barcelona, sus respectivos encuadres están llamados a complementarse. Ello hará necesario reconsiderar el papel que con respecto a Barcelona tengan otros actores, como los Estados Unidos y Rusia, sin cuya participación y colaboración activa con Europa no es concebible el desarrollo de áreas clave, como la de la seguridad.

El proceso de Barcelona tiene, sobre todo, una vocación de futuro. Su etapa inicial se puede considerar ya consolidada, pero para que pueda avanzar hacia todo su potencial es preciso el esfuerzo conjunto de todos, desde las dos riberas, centrado en el "espíritu de Barcelona" y en el desarrollo interactivo de los tres capítulos de la Declaración, como tarea compartida y de construcción en común. Europa debe continuar impulsando una visión equilibrada del Mediterráneo, mejorar la percepción recíproca y reforzar su política de cooperación, manteniendo el esfuerzo financiero según el compromiso de principio expresado en Stuttgart. Los países asociados deben asumir sus propias responsabilidades para que su transición y modernización se opere sobre la participación, negociación y consenso de las diversas fuerzas políticas y sociales, dentro de un desarrollo democrático. No se trata de un proceso meramente económico, sino que tiene una fuerte dimensión política, social y cultural que requiere un nivel significativo de convergencia en los principios y objetivos de la Declaración de Barcelona.

El carácter global de la seguridad euromediterránea y el concepto de seguridad cooperativa deben prevalecer sobre planteamientos de corte estratégico tradicional, siendo también importante la cooperación transnacional en los múltiples aspectos que inciden en la seguridad interna. Un punto importante, objeto de un compromiso de principio establecido por los miembros del Foro Mediterráneo y recogido en las conclusiones de la Sesión Ministerial de Palma de Mallorca (1998), es que las iniciativas en el ámbito de la seguridad sean objeto de información y consulta, al objeto de evitar en lo posible percepciones equívocas o consecuencias negativas.

El papel y el convencimiento de las sociedades civiles en las dos riberas, a todos los niveles, respecto al desarrollo del proceso es esencial para que pueda prosperar en sus dos ejes, vertical y horizontal.

Es igualmente importante establecer una sinergia positiva con el papel de otras organizaciones regionales o subregionales directa o indirectamente relacionadas con el área.

La paz en la región es un requisito para un pleno desarrollo de Barcelona, lo que comporta una solución de los conflictos pendientes entre los miembros del proceso. Pero ello no quiere decir que, mientras se llega a esa situación, Barcelona no pueda proseguir su andadura. Todo lo contrario, ya que por el valor añadido que proporciona, incluso a las mismas partes en los conflictos, y por tener unas miras y alcance que se sitúan "supra partes", cumple esa función de coadyuvar al logro de la paz.

El "espíritu de Barcelona" y los principios a que hace referencia la Declaración componen además un cuadro de valores de carácter universal y por ello la trascienden. Promover el espíritu de Barcelona y proyectarlo en el Mediterráneo en sentido lato, sus áreas adyacentes y a nivel internacional, es un reto "euromediterráneo" que puede suponer una importante e innovadora contribución al nuevo orden internacional, sumándose a las trascendentes aportaciones históricas que se han hecho, desde este mar, a la historia universal.